

REVISTA DE LA
UNIVERSIDAD DE MEXICO

AGOSTO 1964

IDEAS ECONÓMICAS DE ROBINSON CRUSOE
NOVELA DE LA NOVELA
MÉXICO A TRAVÉS DE LOS ESCRITORES
INGLESES
PROBLEMAS DE MEXICO: LA POBLACIÓN
SESENTA AÑOS DE NERUDA
ACTUALIDAD DE Mc CARTHY



Volumen XVIII, Número 12
México, agosto de 1964
Ejemplar: \$ 3.00

S U M A R I O

LA FERIA DE LOS DÍAS	<i>Jaime García Terrés</i>
ROBINSON CRUSOE Y LA UTOPIA ECONÓMICA	<i>Maximilian E. Novak</i>
LA IMAGEN EN EL ESPEJO	<i>Julieta Campos</i>
SOBREPOBLACIÓN Y DESARROLLO ECONÓMICO DE MÉXICO	<i>Ifigenia M. de Navarrete</i>
EL MÉXICO DE LOS NOVELISTAS INGLESES	<i>José Emilio Pacheco</i>
POEMAS	<i>Jaime Labastida, Gastón Melo</i>
DESEMPLEO Y POBREZA EN LOS ESTADOS UNIDOS	<i>Gunnar Myrdal</i>
PARA UN RETRATO DE PABLO NERUDA	<i>Margarita Aguirre</i>
ARTES PLÁSTICAS	<i>Juan García Ponce</i>
SOBRE LA MISMA TIERRA	<i>Alberto Dallal, Carlos Valdés</i>
PORTADA	<i>"Las Meninas" de Pablo Picasso</i>

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Rector

Doctor Ignacio Chávez

Secretario General:

Doctor Roberto L. Mantilla Molina

REVISTA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

Director:

Jaime García Terrés

Redacción:

Alberto Dallal

Juan García Ponce

Juan Vicente Melo

José Emilio Pacheco

Carlos Valdés

La Revista no se hace responsable de los originales que no hayan sido solicitados.

REVISTA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

Torre de la Rectoría, 10º piso, Ciudad
Universitaria, México 20, D. F.

Tel. 48-65-00

Ext. 123 y 124

Toda solicitud de suscripciones debe dirigirse a:

Tacuba 5, 2º piso

México 1, D. F.

Tel. 21-30-95

Precio del ejemplar \$ 3.00

Suscripción anual „ 30.00

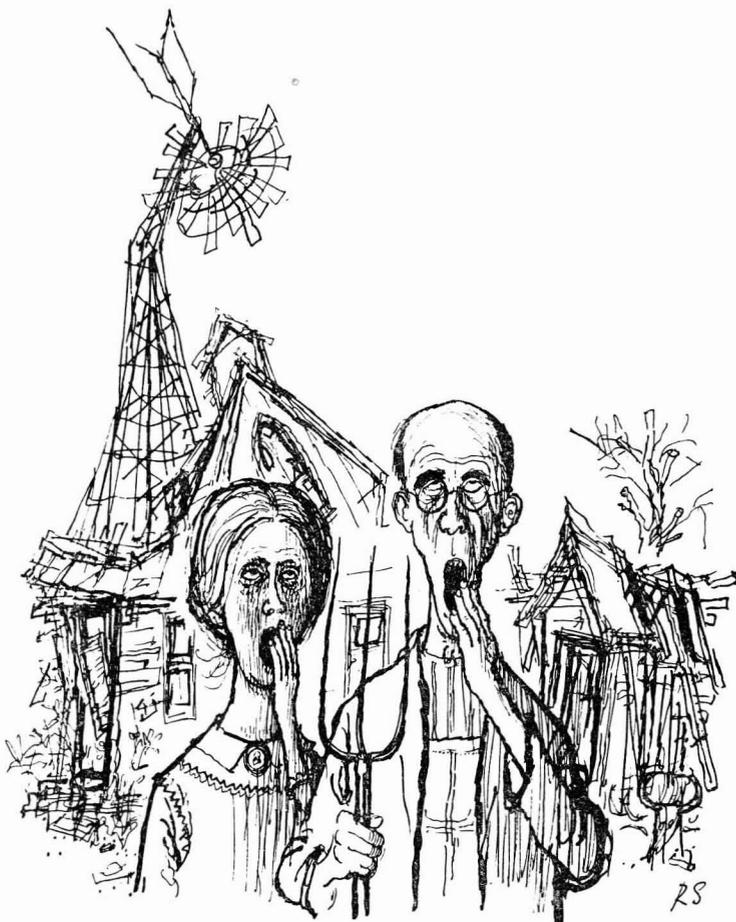
Extranjero Dls. 5.00

Franquicia postal por acuerdo presidencial del 10 de octubre de 1945, publicado en el D. Of. del 28 de noviembre del mismo año

PATROCINADORES

BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, S. A.—UNIÓN NACIONAL DE PRODUCTORES DE AZÚCAR, S. A.—FINANCIERA NACIONAL AZUCARERA, S. A.—INGENIEROS CIVILES ASOCIADOS, S. A.—(ICA).—NACIONAL FINANCIERA, S. A.—BANCO DE MÉXICO, S. A.

Esta revista
no tiene agentes
de suscripciones



Ver: Desempleo y pobreza en Estados Unidos

La feria de los días

MACCARTHY

Joseph MacCarthy —como, para su vergüenza, todos saben —es un nombre que simboliza todavía hoy, entre otras cosas, el fanatismo delator, la difamación obsesiva y el chantaje ideológico. En rigor, fue el nombre de un senador norteamericano que empenó vastas energías en una serie



de investigaciones arbitrarias, en las cuales, con pleno abuso de la autoridad del Congreso de los Estados Unidos, y a pretexto de señalar y descubrir comunistas emboscados en las redes del gobierno y de la sociedad, se manchaba impunemente la reputación de cualquiera.

ÚNICA MEDIDA

Richard Rovere ha pintado con sobriedad elocuente, en un memorable ensayo, el perfil sinuoso de aquel senador por Wisconsin, para quien no existían reglas lógicas, morales ni legales, y cuyo solo código valedero radicaba en los procedimientos por él impuestos y divulgados.

OTRO LIBRO

En estos días, acaba de aparecer otro libro relativo a Joseph MacCarthy, de una índole y una factura muy diversas. El material constituyó originalmente una producción cinematográfica. Las páginas a que me refiero se limitan a recoger un cierto número de imágenes de ese film, la transcripción del diálogo allí expuesto, y un par de textos —uno al principio y el segundo al final del volumen— firmados por David T. Bazelon.

MOCIÓN DE ORDEN

El libro, como la cinta documental, lleva por título *Point of Order!* (¡Moción de orden!) Ambos fueron posibles gracias a que, durante la primavera de 1954, pasaron por televisión, y quedaron registradas en

películas, las audiencias que entonces ventilaron el conflicto entre MacCarthy y los suyos, por una parte, y el ejército de los Estados Unidos, por la otra. “Estas audiencias”, apunta Bazelon, “que ocuparon la atención nacional a lo largo de treinta y seis días, entrañaron a la vez la ‘hora de la verdad’ en la carrera de Joe MacCarthy, y, quizá, el mayor espectáculo político en la historia de los Estados Unidos.” Como después había de suceder, sin duda con más intenso patetismo, en ocasión del asesinato del Presidente Kennedy, “las cámaras de televisión actuaron con el carácter de una fuerza histórica independiente...”

SIN ESFUERZO

Al recorrer las páginas de *Point of Order!* comprende uno sin esfuerzo



los resultados decisivos que obtuvo la transmisión fiel de aquellas sesiones en el Congreso estadounidense. El rostro congestionado del senador por Wisconsin, no menos que sus interminables arengas demagógicas y su insistencia en el sarcasmo fácil

y en la calumnia escandalosa, pusieron en evidencia, al ser revelados por la cámara, la trágica ligereza de la tempestad social que MacCarthy había desencadenado.

CAUSAS Y CAUSANTES

Los causantes directos de la caída de MacCarthy y de su poderío fraudu-



lento no fueron los “subversivos”, sino un grupo de hombres moderados y convencionales que se dejaron guiar por una ordinaria honestidad. Pero en el fondo, fue el disgusto público lo que en aquella época dio al traste con los repugnantes abusos del macartismo

DESGRACIA

Por desgracia, bien que MacCarthy haya sido vencido, y a pesar de su muerte física, todavía se siguen observando residuos de la conspiración contra la libertad intelectual, atentado que él encarnó mejor que nadie dentro del mundo llamado democrático. La historia universal demuestra, en efecto, hasta qué punto es difícil que la razón prevalezca definitivamente sobre las burdas trampas con que los fanáticos suelen enturbiarla.

—J. G. T.



Robinson Crusoe y la utopía económica

Por Maximilian E. NOVAK

Dibujos de J. AYTON SYMINGTON

Antes de aventurarse en su estudio sobre *Robinson Crusoe* y la teoría del valor-trabajo, Karl Marx advirtió que hasta David Ricardo tenía su parábola económica "a la Robinson". Los economistas, incapaces de resistir la tentación, han visto en el héroe de Defoe el paradigma de todo lo que pueda haber de valioso en el hombre como animal económico. Títulos como "Robinson Crusoe, ingeniero social" o "El dinero de Robinson Crusoe" son testimonios de la existencia de numerosos teóricos cuyos oscuros sistemas quedaron, en apariencia, demostrados con la vida económica de este marino solitario. Su fórmula es simple: una isla y un hombre y, puesto que el nombre es conocido, puede ser llamado Robinson Crusoe. Pero casi nadie ha intentado descubrir si Defoe ofreció algunas teorías económicas propias. Lo contrario sería sorprendente, ya que Defoe, ante todo, se consideraba experto en los problemas económicos de Inglaterra. "Amé con locura la prostitución de escribir sobre comercio", subrayó en el último número de su periódico, *The Review*, y casi todas sus obras, incluidas las de ficción, presentan algún tipo de especulación económica. En *Robinson Crusoe*, al aislar a su héroe y, más tarde, a un pequeño grupo de colonos y hacerlos regresar hasta una condición primitiva, Defoe quiso ilustrar algunos de sus conceptos económicos fundamentales que, para mayor facilidad, se pueden dividir en tres principios económicos: una teoría de la invención, una teoría del valor y una teoría económica de la sociedad.

Numerosos escritores de temas políticos y económicos situaron su utopía en una isla separada de la civilización occidental; pero sólo con Defoe —y he aquí su contribución—, se inicia la utopía de un solo hombre.

Seis años antes de *Robinson Crusoe*, en su *Historia general del comercio*, Defoe argüía que si Dios creó el mundo de manera que el comercio resultara esencial, bien pudo disponer las cosas "para que cada hombre fuera su propio trabajador y fabricante". Pero, al mismo tiempo que Dios aseguró a cada país su parte de necesidades vitales, diseminó por toda la tierra lo necesario para el bienestar. Resulta interesante que la idea de un aislamiento económico se le haya ocurrido a Defoe varios meses después de que un naufragado, Alexander Selkirk, regresó a Inglaterra y alcanzó cierta fama por haber resistido la soledad, cerca de cuatro años, en la isla de Juan Fernández.

En la *Historia general del comercio* aparece también una variante del viejo proverbio constantemente repetido por los escritos de Defoe: "La necesidad —escribió— que es la madre, y la conveniencia que es la criada de la invención, obligaron a la humanidad a darse maña para conseguir el sustento." Este proverbio es la clave de una doctrina económica que probablemente tiene su origen en la sentencia de Maquiavelo: "Los hombres nunca hacen el bien, a menos que la necesidad los obligue." Sir William Temple desarrolló esta idea en sus *Observaciones sobre las provincias unidas* y sugirió que era posible incrementar las invenciones humanas si, expulsados de la ciudad quienes no podían procurarse el sustento, obligaban a su inventiva a encontrar algunos medios para sobrevivir. Defoe conocía bastante bien la obra de Temple, pero es muy probable que haya derivado su teoría de John Asgil, quien fue más allá al afirmar que "todas las mejoras en el mundo se producen por las necesidades de los hombres y pueden atribuirse a la invención". Bajo la influencia de Asgil, en su *Ensayo sobre los proyectos* Defoe explayaba esa idea y sostenía que, cuando los hombres se enfrentan a la "necesidad", deben encontrar algunos métodos de supervivencia y son por lo general el fraude, el robo o la honesta invención. La sola necesidad, argumentaba Defoe, destruye la pereza y hace nacer a la sociedad. En uno de sus escritos más entusiastas de *The Review*, sistematizó estas ideas con una alegoría que presentaba a la necesidad como la verdadera madre de toda la actividad económica y política del hombre. Defoe no era Bunyan, pero esta alegoría es indispensable para entender *Robinson Crusoe*.

De acuerdo con la genealogía propuesta por Defoe, Necesidad era hija ilegítima de una antigua familia. Su padre era Orgullo y su madre Pereza. Al poco tiempo, ésta se arruinó

y casó con Pobreza. Pobreza y Pereza tuvieron un hijo, Invención, y una hija, Ingenio. La línea masculina prosperó. Invención se casó con Proyecto y nacieron tres hijos: Industria, Inventiva y Honestidad. Industria contrajo nupcias con Parsimonia y sus hijos fueron: Herrero, Ganadero, Minero, Jardinerero, y una hija: Lechera. Inventiva, hijo segundo de Invención, casó con Diligencia; y engendraron a Oficio, que a su vez tuvo hijos: Hojalatero, Herrero y otros artesanos, que lograron mucho éxito en su vida; Traficante, hijo segundo de Inventiva, celebró su boda con Exactitud, nieta de Honestidad, para engendrar a Crédito; mientras que Manufactura, el tercer hijo de Inventiva, terminó casándose con la señora Hilandera. Como sucede en la mayoría de los cuentos de hadas, todos se enriquecieron y vivieron felices para siempre.

Sostener que ésta es la línea argumental de *Robinson Crusoe*, equivaldría a transformar una obra maestra del realismo en un espectáculo de títeres abstractos. También sería inexacto ignorar que el supuesto básico de la alegoría es social y no puede aplicarse a un hombre solo. Pero la necesidad y el deseo de convivencia impulsan a Robinson hacia la invención. En cierto modo, cae en la necesidad por su propia falta, si no por orgullo y pereza; entonces con diligencia, inventiva e invención, reproduce todas las ramas de las artes agrícolas e industriales. Al practicar la frugalidad y rehusarse a consumir sus productos, puede acrecer su riqueza. El propósito de toda esta actividad es recrear sobre el microcosmos de su isla, el molde de la existencia de la civilización occidental en su tiempo, y reproducir, para la vida de un solo hombre, todos los productos útiles que el género humano requiere para su bienestar.

Al parecer, Defoe creía que tres factores eran indispensables para la realización de su fábula: una tierra fértil con un clima cálido, un cierto número de herramientas y un hombre adecuado. Cuando Crusoe llega a la isla, se encuentra desesperado y no avizora los medios de supervivencia. Como revela la literatura de viajes, muchos hombres abandonados en una isla perecieron de desesperación; y la desesperación domina a los españoles que se instalan en la isla de Crusoe, y al capitán del barco que finalmente lo rescata. Pero, como Crusoe señala, recapitulando sobre las condiciones positivas y negativas, fue arrojado a una isla lo bastante cálida para que no tuviera realmente necesidad de vestidos, donde las frutas y las cabras monteses proporcionaban alimento y no había bestias feroces.

Parece que entre los modelos para la isla de Crusoe, estuvo Bermuda, la maravillosa isla de Próspero donde la comida era tan abundante que la tripulación de Somer, tras la inicial desesperación, se sintió tentada a fundar su propia comunidad.

Pero no hubiesen sido suficientes las condiciones ideales de la isla de Crusoe sin el equipo que rescató del naufragio y, cuando enumera los bienes y los males, así lo reconoce: "Pero el cielo, milagrosamente, ha conducido el navío bastante cerca



"la concepción calvinista del trabajo"

de tierra para que pudiese ir a buscar una multitud de efectos que me ponen en situación de proveer a mis necesidades, no sólo para el presente, sino para el porvenir." Sin embargo, estas herramientas han sido un enorme obstáculo para muchos economistas que desearon utilizar a Crusoe como héroe de sus parábolas. Bohm Bawerk, por ejemplo, cuando intentó aislar al hombre en un medio ambiente natural, pidió a sus lectores que se representaran a Robinson en una isla sin herramientas, cuchillo o pistola, y obligándose a construir un arco y una flecha. El marxista Bujarin atacó a Bawerk por olvidarse de la labor social presente en la producción de las herramientas; y Defoe hubiera estado de acuerdo, no porque anticipara a Marx, sino porque seguía a John Locke. Defoe hubiera dudado de la psicología de Bawerk. Si se le compara con Crusoe, Selkirk se las arregla para vivir una existencia primitiva, casi igual a la de un salvaje. Crusoe se imagina lo horrible que hubiera sido su vida sin un cuchillo: "¿Cómo habría podido encontrar alimentos, a no ser pescado y tortugas? Y aun antes de descubrir éstos, hubiera tenido tiempo de morir de hambre, o si hubiese podido subsistir, habría vivido como un salvaje. Si por casualidad matara una cabra o un pájaro, me vería precisado a quitarle la piel, desollarlo y despedazarlo sin sacarles las entrañas, y necesitaría desgarrarlo con mis dientes y uñas, como las fieras."

Así, las herramientas dan a Crusoe el medio para crear una vida nueva y resultan también una evasión de la litud o de la locura, ya que, como Hume observó: "La necesidad extrema destruye la industria al engendrar la desesperación." Cuando el capitán español se recrimina y amonesta a sus hombres por caer en semejante estado de ánimo, Crusoe contesta que las condiciones eran diferentes: "Los utensilios que cayeron en mis manos de manera providencial, por la inesperada presencia del barco en la playa, significaron tal ayuda que hubiesen alentado a cualquier criatura terrestre para adaptarse como lo hice."

Crusoe, sin embargo, da a sus herramientas un crédito mayor del que merecen. El capitán español responde que ni él ni sus hombres hubiesen desmantelado el barco con tanta energía. Es evidente que Crusoe posee algunas características individuales que lo capacitan para tener buen éxito en la isla.

Thorstein Veblen cuenta la historia de un jefe polinesio que prefirió morir de hambre, antes de violar su código de ocio alcanzando la comida con que se le alimentaba a diario. Aunque muchos aristócratas ingleses de la Era Augusta evitaron seguir el ejemplo citado por Veblen interesándose en obras de caridad, en la agricultura, la arquitectura y las *belles lettres*. El trabajo físico se consideraba como una violación del código de costumbres de un caballero. Es obvio que Defoe no podría haber escogido a un miembro de la nobleza como héroe; pero, ¿era Crusoe el hombre más indicado para sobrevivir en la isla? Algunos críticos encontraron sus acciones cobardes y estúpidas; otros, en cambio, elogiaron su prudencia y su capacidad de trabajo. Ciertamente, debía creer que trabajar era un acto valioso o que algún bien le acarrearía.

Ian Watt sostiene que Defoe creía en la concepción calvinista del trabajo como prueba de salvación, pero de esto hay pocas evidencias. Sería más exacto afirmar que Defoe parece haber creído que la mayoría de los hombres se sienten impulsados al trabajo o que poseen un "instinto de mano de obra", acompañado de un odio a la holgazanería. "Una vida de pereza y holgazanería —escribió Defoe— no es cómoda ni feliz; la ocupación es la vida; la pereza y la indolencia, la muerte; estar ocupado es ser feliz, estar satisfecho; no tener nada que hacer significa melancolía, desaliento, y en una palabra, estar dispuesto únicamente a la desgracia y al infierno." Esta indicación también parece confundir la labor y el trabajo. El creador de Crusoe es un gran representante del trabajo estable en la profesión personal, pero manifiesta cierto desprecio y repulsión por la vida del trabajador, con su amargura y sus penalidades. Crusoe, sin embargo, prefiere este tipo de trabajo a la holgazanería, lo que parece formar parte de su carácter más bien que de su religión. Aun si siente que su labor en esa isla es el cumplimiento de una vocación dispuesta por Dios, esto a duras penas explicaría su actitud. La única relación directa que puede existir para él entre la religión y el trabajo, consta en las referencias de Robinson, al tiempo que perdía en leer la Biblia y en su insistencia de descansar el séptimo día. Resulta claro que el miedo de Crusoe a lo sobrenatural —su creencia de que el demonio ha visitado la isla— casi destruye su eficacia como trabajador. Pero Defoe no intentaba hacer de Crusoe un modelo de eficacia.

Cuando recomienda a Emilio que estudie los trabajos de Crusoe en la isla, Rousseau sugiere que su discípulo podría aprender cómo evitar los errores de Robinson, y además beneficiarse con su sentido común y su don de inventiva. Pocos



"preparado para crear su utopía económica"

héroes de ficción han tenido tal prestigio de astucia y sagacidad como Robinson Crusoe; menos han cometido errores tan garrafales como la aventura de construir el barco. Después de emplear 164 días en su construcción, el héroe de Defoe se ve obligado a admitir que, descontando la posibilidad de trabajar en un canal por un lapso de diez o doce años, no hay ninguna probabilidad de echarlo al agua. El mismo Crusoe asegura al lector que el tiempo y la razón convertirían a cualquiera en un mecánico, un carpintero, un alfarero o un cantero tan eficaz como él. Uno de los grandes atractivos de la novela es el continuo recordatorio de que Crusoe no es más (y quizá mucho menos) sabio que el lector. Sólo lo distingue su disposición para el trabajo y su alegría en la invención.

Al sustraerse a la desesperanza, Crusoe utiliza su "instinto de mano de obra" para recrear en su isla el nivel de existencia económica que había conocido en Inglaterra y en Brasil.

Adam Smith observó que el proverbio "aprendiz de todo, maestro de nada", es una prueba popular de su teoría de la eficacia superior proveniente de una división especializada del trabajo. Probablemente Defoe se dio cuenta de ello, al dar a Crusoe la tarea de aprender todas las artes mecánicas; pero Defoe estaba menos interesado en enriquecer a Crusoe que en mostrar cómo podría vivir la humanidad bajo condiciones económicas naturales. Cuando en las *Nuevas aventuras*, Crusoe decide volver a la isla, lleva consigo a un aprendiz de todo para que lo reemplace. También a un sastre, quien "demuestra ser un individuo ideal para todo tipo de ocupaciones, aparte de la propia". Al invertir el proceso histórico de especialización, Defoe quería indicar una forma de primitivismo económico, un retorno a la existencia pura, anterior al comercio e incluso al trueque, que corrompieron la vida del hombre. Con esta maquinaria ficticia —el medio ideal, el hombre que deseaba trabajar e inventar y las herramientas con las cuales podía transformar su ambiente— Defoe estaba preparado para crear su utopía económica.

La existencia de Crusoe en la isla postula, como temas económicos, que el trabajo y la invención crean bienes de uso y que el valor de esos bienes depende de su utilidad. Estas ideas distaban de ser nuevas y su principal exponente era el



"las cabras le proporcionaban alimento"

más célebre filósofo de la época, John Locke. En sus *Dos tratados sobre el gobierno civil*, Locke adelantó la idea de que el valor no es inherente a la naturaleza, sino que lo ha creado el trabajo humano. "Que el pan sea más valioso que la bellota —escribió—; el vino que el agua y las ropas o la seda que las hojas de los árboles, la corteza o el fruto, se debe totalmente al trabajo y a la industria." Locke señalaba el ejemplo de los indios americanos cuya tierra sin cultivar mantenía a pocos habitantes y, en consecuencia, valía poco.

Para ilustrar con mayor detalle el efecto del trabajo sobre la naturaleza, Locke decidió presentar un ejemplo de la división del trabajo que exigía la producción del pan. Explicó que el trabajo que culmina en una pieza de pan, no consiste sólo en las penalidades del labrador, la herramienta para segar y trillar y el sudor del panadero, sino también en la acumulación total del trabajo que requiere la fabricación de los implementos agrícolas. En este proceso, únicamente los "materiales menos valiosos" permanecen sin que su estado natural se transforme.

Locke lamenta no tener suficiente espacio para mencionar todas las operaciones que precisa la confección de la simple pieza de pan; pero Defoe no tuvo tales escrúpulos. Una gran parte de *Robinson Crusoe* se dedica a unificar esta operación como la actividad de un solo hombre.

Crusoe encaja perfectamente en su papel como hacedor de pan. Si excluimos toda la labor social de los tripulantes del barco que trajo la semilla a la isla de Robinson, y quienes fabricaron sus herramientas, Crusoe depende por entero de la naturaleza y de su propio trabajo. Cuando descubre las semillas germinadas, Crusoe, con prudencia, se dedica a salvarlas, replantándolas durante cuatro años consecutivos antes de probar el pan. Sin embargo, a diferencia del héroe de la parábola económica de Bawerk, esta abstención le causa pocos sufrimientos, gracias a la fecundidad natural de la isla. Crusoe preservó el grano de la rapiña de los pájaros y pudo, finalmente, procurarse el mismo sustento que alimentaba a casi toda Inglaterra. Y ahora Defoe tiene oportunidad de ilustrar sus teorías sobre la invención, la división del trabajo, y su teoría laboral de la riqueza. Crusoe recuerda al lector: "¡Cuántos cuidados no fueron necesarios para cercar, preservar, segar, secar, transportar, trillar, aear y guardar el trigo!" Cuando fabrica un tosco arado de madera, Crusoe describe los implementos que necesitó para cumplir su propósito y los que encontró innecesarios: "No era esto todo: necesitaba un molino para moler el grano, un tamiz para la harina, sal para sazónarla, levadura para producir la fermentación, y, finalmente, un horno para cocer el pan; sin embargo, se verá cómo llegué a conseguir todo esto."

Si en realidad Crusoe hubiera triunfado, logrando fabricar pan sin ninguno de esos implementos, hubiese sido un verdadero milagro. Lo que hizo fue crear simples sustitutos, o burdas imitaciones, durante los siete meses que empleó en esta tarea.

Invirtió su tiempo en construir un horno primitivo y proveerse de un martinete y un mortero para reemplazar al molino. Tras su éxito al cocer el pan, goza con el placer de la cocina imaginativa; hace budines y pasteles y en "poco tiempo se convierte en un excelente pastelero que sabe su negocio". Cuando logra su perfeccionamiento agrícola, Crusoe se traslada a la industria y se empeña en fabricarse trajes de piel de cabra. Trabaja, asimismo, como carpintero y, en su décimo primer año, triunfa en su intento de atrapar algunas cabras, que utiliza para proveerse de una ración segura de comida. "Yo que nunca había ordeñado una vaca... al final hice mantequilla y queso en cantidades", advierte satisfecho de su proeza. Logra incluso inventar un método de manejo para la rueda de alfarero, y asegura al lector que, con el tiempo, podría haber creado un tipo de cerveza sin fermento ni lúpulo.

No obstante, al hallarse en una condición indigente, Crusoe utiliza su inventiva para reconstruir todas las tareas que requiere el mantenimiento de una sociedad civilizada. A través de la prudencia que heredó o recibió en sus primeros años como hijo de un acaudalado comerciante, logra crear un capital. Rousseau, para quien la agricultura y no el dinero removía al hombre de su estado primitivo, argumentaba que ningún salvaje en estado natural arrojaría semillas en el presente con la esperanza de un beneficio en el porvenir.

Crusoe, no satisfecho con bellotas y bayas silvestres, desea crear su riqueza mediante procesos indirectos. Friedrich von Wieser, al señalar esa cualidad del hombre occidental que encuentra tan admirable, la "anticipación económica", advierte con desprecio la actitud de los salvajes, quienes, cuando se disponen a trabajar arando un campo con bueyes, los matan para satisfacer su hambre inmediata. Con insufrible complacencia, advierte: "Un pueblo primitivo que aprecia tan escasamente sus necesidades de mañana y no las considera equiparables a las actuales, es incapaz de progreso económico. Los pueblos civilizados no hubiesen llegado a su progreso actual, si hubieran carecido del deseo y el poder de preservar, para tiempos futuros, la capacidad de satisfacer sus necesidades. Una economía eficaz precisa que las satisfacciones y urgencias del futuro no sean consideradas de menor importancia que el vivo deseo del presente. Es esencial que cada persona o pueblo vigoroso conserven un sentido del valor permanente; las tentaciones momentáneas no deben perjudicarlos."

A pesar de su medio ambiente primitivo, la vida de Crusoe es la del hombre civilizado de Rousseau: "siempre en movimiento, sudando, afanándose y estrujando su cerebro para encontrar ocupaciones más laboriosas. Se dedica hasta el último momento a penosos trabajos, e incluso busca la muerte para situarse en una posición que le permita sobrevivir". Defoe casi trastocó el proceso del *voyage imaginaire*; en vez de enviar a su hombre civilizado de vuelta a la naturaleza para reformarlo, como Neville en su *Isla de los pinos*, Defoe crea una interacción entre hombre y naturaleza, por la cual la naturaleza se vuelve más productiva y el hombre más puro.

Defoe tomó de Locke el concepto básico del efecto del trabajo sobre la naturaleza, y deseaba que esperase de él la asimilación de la teoría lockiana del valor. Pero la disputa sobre la moral exacta que los economistas pueden derivar de la narración de Defoe, ha convertido a la isla en escenario de una guerra verbal. Marx utiliza a Crusoe como ilustración de que una cantidad dada de trabajo produce una cantidad dada de objetos útiles (valor de uso). Pero una escuela posterior de economistas ve, en el héroe solitario de Defoe, un ejemplo de la teoría de la utilidad marginal, por la que Crusoe, cuando peligró su vida por la presencia de los caníbales, abandonó primero el lujo, y gradualmente sus principales comodidades.

Aunque Defoe reconocía el efecto del trabajo sobre el medio ambiente de Crusoe, parece que se preocupó más por una teoría del valor como utilidad que por una teoría del trabajo. Aquí, de nuevo, Defoe mantiene el concepto de Locke sobre la vida económica en estado primitivo, cuando el oro resultaba inútil y era un pecado conservar cosas que no se usaran. Al principio, escribe Locke, antes que lo alterara el deseo de tener más de lo necesario, el valor intrínseco de las cosas dependía únicamente de su utilidad en la vida humana... aunque los hombres tenían derecho a apropiarse por su trabajo... de todas las cosas que pudiesen usar, si no eran muchas, ni su acción perjudicaba a otros... Así, Crusoe consideraba que sus amplios recursos madereros y la posibilidad de conseguir mucha más comida en la isla, podrían capacitarlo para alimentar a un ejército y construir una flota; pero sería inútil explorar la tierra más allá de sus personales necesidades: "Pero las cosas de que yo podía hacer uso eran sólo de valor para mí; una vez satisfecho, ¿qué me importaba lo sobrante? Si hubiera cazado más de lo que podía comer, tendría que dárselo al perro o tirarlo; si sembraba más grano del que podía consumir, se echaría a perder. Los árboles que cortaba se pudrirían sobre la tierra, pues ¿cómo emplearlos de otro modo más que en hacer lumbre para preparar mi comida?"

La paradoja de la falta de utilidad del oro y la teoría del valor como utilidad ejercieron un influjo mayor en la mente de Defoe. El concepto, por supuesto, era casi un lugar común al ser probablemente la principal teoría del valor antes de Adam Smith. En 1690 Nicholas Barbon había argüido que el "valor de todas las mercancías surge de su uso; las cosas que no se usan carecen de valor y, como dicen los ingleses, son buenas para nada". Defoe nunca llegó a admitir que el oro careciera de valor; afirmaba que era tan sólo una manera de comerciar establecida por la costumbre. Al discutir el co-

mercio con África, insistió en que los nativos "voluntariamente truecan su oro, que les resulta una bagatela, por juguetes de porcelana o nácares, mucho más valiosos para ellos. Aquí sirven tan sólo a nuestros niños y allá son muy apreciados". Ni siquiera en sus mayores alabanzas del oro, Defoe confundió el valor de uso de los bienes con su valor monetario, pero coincidió con Locke en que, gracias a su valor intrínseco, el oro y la plata se convertían en los mejores agentes del cambio.

El discurso más famoso de Crusoe (que Coleridge ha equiparado con los de Shakespeare) debe leerse teniendo en cuenta las anteriores ideas: "A la vista de aquel dinero me sonreí. 'Metal miserable, exclamé. ¿De qué puedes servirme? No vales la pena de que me moleste en recogerte; uno solo de estos cuchillos es para mí más precioso. ¡Quédate donde estás y sumérgete en el fondo del mar, como un ser cuya vida no es digna de salvación!' Sin embargo, después de este arrebato volví en mí; y tomando aquel dinero con los demás utensilios que me había encontrado en el armario, lo empaqueté." Ian Watt ha atacado el juicio de Coleridge sobre la base de que no era el discurso apropiado para Crusoe y que su ironía fue casual. Pero este discurso es impropio únicamente si se acepta la idea de que Crusoe está explotando la isla de manera capitalista. El rechazo de la moneda afirma su inutilidad en el estado primitivo. Y Crusoe puede despreciar una riqueza que nunca persiguió firmemente. Una mejor interpretación del carácter de Crusoe vuelve su discurso inteligible por entero, ya que si el romántico que alienta en él puede condenar el dinero, su innata prudencia no puede resistir la tentación de guardarlo. Defoe ironizaba las pretensiones de su héroe, aunque muy probablemente compartía sus mudables sentimientos hacia el oro.

Defoe defiende el valor de uso mediante la actitud de Robinson, a despecho de su reacción civilizada ante el oro. Al pensar, concluye que "todas las cosas buenas de este mundo sólo valen en la medida en que podamos aprovecharlas". Sus discursos sobre el tema nacen lógicamente de sus observaciones acerca de la economía de la isla. Es aún más explícito después de que ha llevado el dinero a su caverna: "Tenía, según ya he hecho mención, una pequeña suma de oro y plata, que ascendía, poco más o menos, a treinta y seis libras esterlinas. ¡Ay de mí! Ningún uso podía hacer de aquel metal olvidado en un rincón, y muchas veces pensaba que cambiaría de buena gana un puñado de él por tabaco o por un molino para moler grano, como también daría gustosamente el valor de doce sueldos de Inglaterra por un poco de simiente de nabos y zanahorias o por algunos puñados de guisantes y habas y un frasco de tinta. Ningún partido sacaba de la moneda: la misma humedad de la caverna la oxidaba durante la estación lluviosa, dentro de la gaveta en donde estaba colocada. Aunque ésta hubiese estado llena de diamantes, no hubiera fijado en ella la atención."

Gracias a que se educó en una sociedad que había convertido al oro y la plata en fetiches, este descubrimiento deleitó a Crusoe casi tanto como sus inventos. Insiste en que la pipa que encuentra en el bolsillo del muchacho ahogado es más valiosa que todo el dinero que descubre en el segundo naufragio.

Intrigado con esta idea, Defoe acude a ella en *El capitán Singleton* y en *Un nuevo viaje alrededor del mundo*. El hombre blanco a quien Singleton y su partida encuentran en África se puede comparar muy bien con Crusoe, porque no se sirve del oro que lo rodea por todas partes. Cuando, al llegar

Singleton, se vuelve real la oportunidad de volver a la civilización, revela su avaricia; pero recuerda que no hubiera servido de nada en África el hecho de haber juntado oro suficiente para nadar en la abundancia. Los salvajes no sólo carecían de interés hacia el dinero; una tribu, incluso, lo juzgaba inferior al hierro. Singleton y sus seguidores se salvan por su imaginación. Al fabricar dijes con su oro, le otorgan un valor de cambio como *objets d'art* y son capaces de entregarlo a cambio de comida.

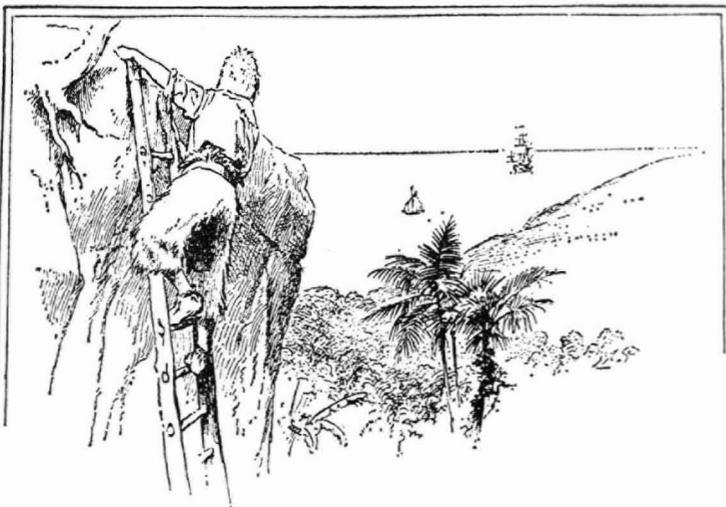
A diferencia del racional hombre blanco de *El capitán Singleton*, Crusoe no puede desprenderse de su civilizada, mercantilista reacción ante el oro. Y al fin podemos tener la certeza de que Defoe entendió la paradoja que presentaba a sus lectores; no puede decirse lo mismo, con absoluta seguridad, respecto a la actitud de Crusoe hacia el gasto de su tiempo. Marx advierte que el héroe de Defoe anota en su "libro de cuentas" o "libro mayor" la cantidad exacta de tiempo consumida por sus quehaceres en la isla, midiendo por eso el valor de su trabajo. Pero Marx falló al no advertir que Crusoe comentaba que el trabajo gastado en reducir un tronco a una sola tabla no era importante, porque su "tiempo o su trabajo tenían poco valor", no importaba la manera de emplearlos. El trabajo de Crusoe puede ser medido tan sólo por los productos útiles que fabricaba y el placer que, por encima de las penalidades, de ello derivaba. Pero Crusoe seguía pensando en términos de recompensa económica. Tenía conciencia de que su oro no era una paga, ni siquiera simbólica, de su trabajo; pero no era capaz de equiparar la utilidad relativa de los objetos que manufacturaba.

La mayoría de los economistas que trazan su sistema con base en la parábola de la isla de Crusoe, caen en un error que Defoe nunca cometió: reducen a Crusoe a la condición de hombre económico abstracto. Economista al tiempo que creador, Defoe sabía que Crusoe era humano, falible, lleno de contradicciones. No olvidaba que un sistema económico debe tomar en cuenta la fragilidad humana.

111

A pesar de la obvia relación entre muchas de las teorías económicas de Locke y Robinson Crusoe, cualquier intento de aplicar el concepto lockiano del auge de la sociedad a la obra de Defoe, tropezará con innumerables dificultades. La teoría de Locke, en síntesis, afirmaba que el trabajo crea la propiedad: la invención del dinero la establece; y la propiedad, a su vez, crea la sociedad para protegerse. Pero poco después de que Crusoe llega a la isla, antes que sus esfuerzos agrícolas o industriales puedan ser considerados suficientes para dominar la menor porción de la isla, se refiere a sí mismo como rey del territorio. En esta solitaria condición, los ideales resultan la moderación y la utilidad, y Crusoe no puede pretender que se ha posesionado de toda la isla por medio de su trabajo. Ni puede argumentarse que el oro descubierto en los naufragios le otorgue derecho de propiedad, puesto que está muy consciente de la inutilidad del dinero.

Lo más probable es que Defoe concuerde con los filósofos de la ley natural, Grocio y Pufendorf, quienes afirman que las islas de mar adentro pertenecen al primero que se apodera de ellas o las descubre. Como Rousseau, Defoe puede haber asociado este proceso con la agricultura. Crusoe advierte su dominio y reinado, cuando ve germinadas las semillas que arrojó casualmente donde pudieron crecer. Crusoe tiene la certeza de que las herramientas que lo capacitaron para sobrevivir



"está convencido de que la isla le pertenece"



"un derecho divino sobre la isla"

son signos del favor de Dios, y, por tanto, puede sentir que tiene un "derecho divino" sobre la isla.

No importan las teorías propuestas para entender su dominio: Crusoe está convencido de que la isla le pertenece. Cuando la atraviesa por vez primera, decide con placer que es irrevocablemente rey y señor de todo el territorio y tiene derecho de posesión. Cuando se instala en su cueva para mayor seguridad, comenta que puede llamarse "Rey o emperador de todo el territorio", y manifiesta una cierta satisfacción por su soledad ya que no tiene rivales que le disputen el mando. "Hubiera provocado una sonrisa estoica, señala, el verme junto a mi pequeña familia sentado esperando la cena. Allí estaba yo, su majestad, príncipe y señor de toda la isla; tenía las vidas de todos mis súbditos a mi absoluta disposición. Podía colgar, destripar, dar libertad y quitarla, y entre todos mis vasallos no había rebeldes." Andando el tiempo, Crusoe comienza a pensar en términos de monarquía absoluta y rebautiza a su cueva, refiriéndose a ella, medio en serio, medio en broma, como su "castillo".

Rousseau afirmaba que Robinson era, indudablemente, el monarca absoluto de su isla, en la medida que era también único poblador. Y casi todos los filósofos políticos ingleses posteriores a Locke, están de acuerdo en que ningún rey tuvo poder absoluto sobre la propiedad de sus vasallos. Desde luego, en este punto, Defoe no fue discípulo de Locke. Acerca de *El poder original del cuerpo colectivo del pueblo inglés*, un lector de la época, imbuido en los principios *whigs*, hizo comentarios marginales en el ejemplar que posee el Museo Británico, sobre cada una de las observaciones de Defoe, excepto en la curiosa discusión sobre si un país extranjero podría comprar toda la tierra inglesa y, con ello, obtener la anulación del país. El anónimo lector apuntó que este principio de propiedad excedía con mucho el fetichismo de Locke. Aunque admiraba al héroe de Defoe, Wilson, un biógrafo *whig*, no pudo estar de acuerdo con él.

El principio con que jugaba Defoe está claramente expreso en *Ocean*, donde para probar que la propiedad era la verdadera base del gobierno, Harrington decía que si "un solo hombre es dueño de un territorio o tiene tres o cuatro veces más que los otros, es un gran señor, por esa razón se arraiga en su propiedad; y su imperio es una monarquía absoluta". Harrington y Defoe concuerdan en que no es el caso de Inglaterra, donde la tierra pertenece al pueblo, pero Crusoe es el único propietario y, por tanto, absoluto monarca de su isla.

Pero, ¿qué ocurre cuando sus "vasallos" son también seres humanos? Extrañamente Crusoe insiste en permanecer como monarca absoluto de la isla. Exige a todo hombre que llega completa sumisión a sus designios. El derecho de Crusoe sobre Viernes, el padre de Viernes y el capitán español es un derecho de conquista. Por rescatarlos de morir en manos de los canibales, Crusoe obtiene pleno control sobre sus vidas. Viernes pone su cabeza bajo los pies de Crusoe y demuestra "sujeción, servidumbre y sumisión. Entonces Crusoe se considera, con mayor razón, absoluto monarca". "La isla se había poblado, observa con satisfacción, y podía hacerme de muchos súbditos; frecuentemente había reflexionado sobre qué clase de rey sería. Ante todo, el territorio entero era de mi completa propiedad; sobre él poseía un indudable derecho de dominio. En segundo lugar, mis hombres estaban perfectamente sometidos. Era el absoluto amo y legislador; me debían sus vidas y estaban dispuestos a ofrendármelas..." Y cuando el capi-



"el trabajo y la invención crean bienes de uso"

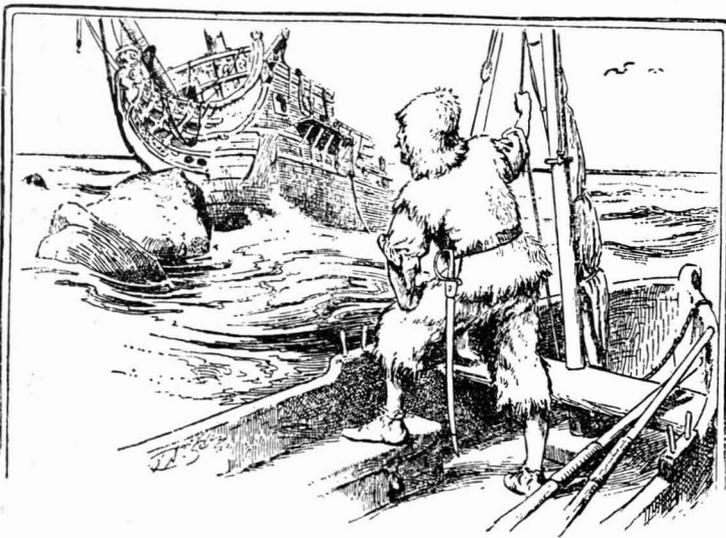
tán español desembarca con dieciséis hombres, Crusoe insiste en que firmen un contrato de absoluta obediencia a sus deseos. Hasta al mismo capitán que finalmente lo rescata, exige un acuerdo similar.

Excedería el objeto de este ensayo referirse a las teorías políticas de Defoe. Sin embargo, hay que mencionar ciertos aspectos de la actitud de Crusoe hacia su colonia. Aun cuando abandona la isla, piensa que su dominio sigue vigente y, al volver, regresa sin dudar de la continuidad de su autoridad sobre los colonos. Está menos interesado en colonizar que en apresurarse a reunir inmediata fortuna con la venta de los canibales pacíficos como esclavos. Semejante propósito se opone al ideal de Defoe para alentar las colonias incrementando su población, como seguro camino a la prosperidad; y no es sorprendente que el sacerdote convenza a Crusoe de emancipar a los esclavos.

Cuando Crusoe decide establecer en forma permanente leyes políticas y económicas para su colonia, está lejos de querer entregar la tierra a los colonos; pero siguiendo de cerca el plan de Defoe para una colonia de emigrantes con privilegios reales en las áreas boscosas de Inglaterra, Crusoe renta su propiedad a un precio alto y pagos diferidos. Defoe creía que cualquier grupo de trabajadores reunidos en un mismo sitio crearían la riqueza a través del ciclo de producción y consumo. La colonia de Crusoe no tiene nada de comunista; desarrolla el concepto de rangos y clases económicas. El rico se separa del pobre y se crean privilegios, pues el color divide la clase dirigente de sus inferiores. La utopía de Crusoe surge casi como lo opuesto de la reconstrucción que hizo Gonzalo de la "Edad de Oro" en *The Tempest*.

Crusoe no cumple su promesa como colonizador. Al igual que Raleigh con su plantación de Virginia, abandona su colonia y la deja languidecer. La causa es en parte su deseo de viajar y su desgano para el trabajo que exige la colonización. Lo interesante es que la economía de la isla de Crusoe sigue siendo de su propiedad aun cuando ha relegado el control político. Deja a los ciudadanos de su colonia en calidad de inquilinos, no de propietarios, y cuando cesa de ser monarca absoluto, permanece como señor feudal.

En este examen de *Robinson Crusoe* como obra económica, algunas cosas se abreviaron y otras fueron omitidas. Cualquier discusión de la obra maestra de Defoe puede parecer demasiado simplista sin referencias a sus aspectos filosóficos, religiosos, políticos. Aparentemente, Defoe trasmutó en ficción sus teorías económicas, del mismo modo que *fictionalizó* sus tratados económicos. Se conjetura sobre si, desde un principio, concibió su relato como un viaje imaginario y más tarde lo adornó con temas económicos, o si tuvo primero la idea de un aislamiento económico; pero el debate resulta tan inútil como discutir la primacía del huevo o la gallina. Irrebatiblemente, en cambio, Defoe creó su ficción antes con ideas que con anécdotas. Sainstbury postuló que si se lee a Defoe sin ningún interés particular, difícilmente podrá tenerse una opinión válida sobre él; pues la excelencia de sus narraciones radica menos en la trama que ata y desata los incidentes, que en el conocimiento profundo de las implicaciones que hay en el material de sus relatos.



"el valor de los bienes depende de la utilidad"

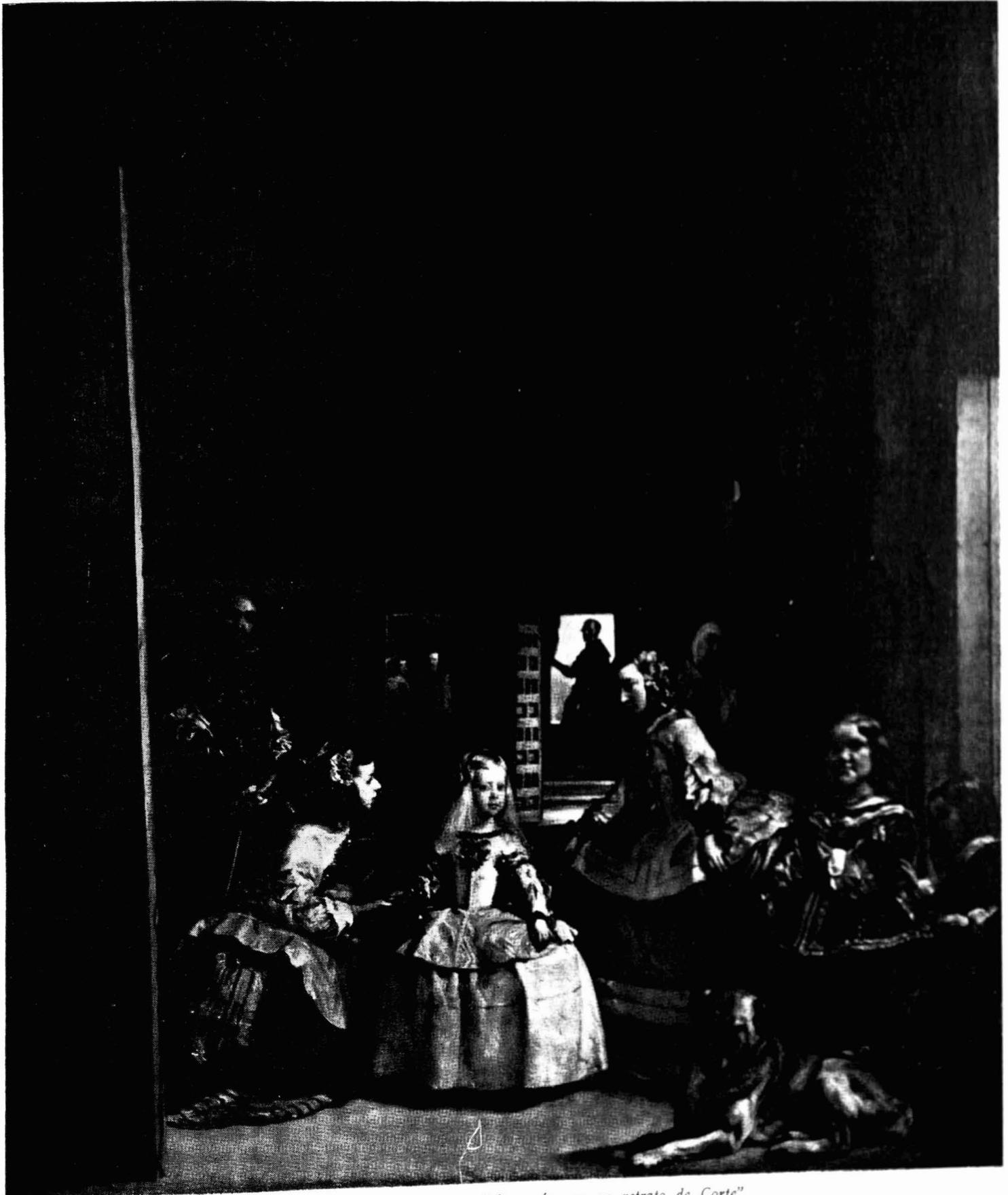
La imagen en el espejo*

Por Julieta CAMPOS

En un cuadro pintado probablemente en el año de 1656 aparece por primera vez en la historia de la pintura europea un personaje que no está dentro del cuadro sino como un reflejo en el espejo del fondo, los reyes Felipe IV y Mariana de Austria, a los que el pintor retrata en ese momento preciso que recoge la tela. Velázquez llamó a su cuadro *Las Meninas*, pero había allí algo más que un retrato de Corte de la infanta

de España. En 1955, tres siglos después, en su villa "La Californie" de Cannes, Picasso prepara una serie de telas que forman una colección, *les ateliers*. El tema es el lugar de trabajo del artista, su mundo más cercano, donde pinta rodeado de unos cuantos objetos de los que no podría prescindir: un pájaro disecado, un busto que más bien parece un plato

* Este ensayo fue leído en el ciclo de conferencias organizado por la Casa del Lago sobre "Los grandes temas de la literatura del siglo xx", con el título "La novela como tema de la novela" (Nathalie Sarraute, Claude Mauriac), el 14 de junio de 1964.



Velázquez: *Las Meninas* — "algo más que un retrato de Corte"

de cerámica, unas sillas, una mecedora vienesa y un fondo de sol, de luz y de palmeras del otro lado de las ventanas. En el álbum de bocetos que Picasso hizo editar poco después, *Carnets de la Californie*, se va desplegando el proceso de creación en todas sus etapas: dibujos esquemáticos donde predomina un trazo negro y espeso, composiciones barrocas llenas de inquietos movimientos, esbozos donde se difunde una luminosidad directa y cálida: allí están todos los cuadros posibles antes del cuadro definitivo pero, sobre todo, en varios de esos bocetos está el artista, frente a su caballete, con el pincel en la mano, pintando. En *Las Meninas*, en estos talleres de Picasso, el tema es la pintura misma, el acto en que el artista da testimonio del mundo y se contempla a sí mismo haciéndolo, creando.

En literatura, hasta hace muy poco, no había nada semejante y lo que más se acercaba a esta contemplación del artista por sí mismo era el narrador de Proust, contando las indecisiones, las múltiples vicisitudes del novelista antes de decidirse a enfrentarse con esa obra que siempre había estado en él potencialmente. Desde 1913 la novela se ha transfigurado con una vitalidad incesante, se ha anunciado más de una vez su enfermedad, su muerte, pero en vano, porque después de todo parece que tuvo razón Henry James cuando se aventuró a predecir en 1889: "...mientras la vida conserva su capacidad de proyectarse en la imaginación del hombre, éste encontrará en la novela la mejor manera para elaborar esa impresión. Todavía está por descubrirse algo más adecuado para cumplir este fin. Sólo renunciará a ella cuando la vida misma esté en un desacuerdo demasiado grande con él. Y aun entonces ¿no encontrará la literatura narrativa un segundo impulso y hasta un quinto en el retrato mismo de ese desplome? Mientras el mundo no sea un vacío despoblado de hombres, habrá una imagen en el espejo." Y la novela se ha multiplicado en un infinito poliedro de espejos. Se han desvanecido los personajes pero se ha enriquecido la exploración de la conciencia para rechazar después cualquier conocimiento más allá de los gestos o las palabras. Se ha suprimido el mundo exterior o, más bien, se le ha mirado únicamente desde la subjetividad para reconocer luego en la descripción de ese mundo la única manera de representar la realidad. Ha desaparecido la trama, la intriga, se ha dislocado el tiempo lineal y han aparecido nuevas relaciones, nuevas dimensiones temporales. Pero hay algo que parece común a toda la novela de los últimos cincuenta años.

Entre los numerosos elementos que han desaparecido hay sobre todo un personaje que estuvo muy presente en la novela del siglo XIX y ese personaje no es otro que el autor mismo. El autor que nos daba su palabra de honor de que todo lo que nos contaba era la verdad y nada más que la verdad; el autor que describía y narraba y era el ojo de Dios sobre el mundo, la conciencia más lúcida de todas las conciencias, el que tenía en sus manos todos los hilos, el que nos llevaba y nos traía y nos ponía a mirar detrás de la puerta, de las persianas, por el ojo de la cerradura, y nos descubría un mundo tan rico, tan poblado, tan lleno de motivos ignorados, de pasiones grandiosas, de tragedias modestas y tan bien disimuladas que de otro modo hubieran permanecido escondidas para siempre, un mundo en fin cargado de contenido y que se ordenaba, cobraba forma, se volvía significativo gracias a la mano omnipotente de ese demiurgo imponderable, el novelista. Pero he aquí que de repente el novelista se esfuma, hace mutis, se esconde detrás de bambalinas y nos deja entre las manos un amasijo a la vez brillante y opaco de sensaciones, imágenes, recuerdos y nos dice: ahí está todo lo que hay, yo no veo más; pero si te empeñas, si lo que te ofrezco es demasiado escurridizo, si no hay por dónde agarrarlo, si necesitas un terreno firme, si te parece demasiado poco, aquí están los hilos, átalos, reconstruye el mundo, ahora te toca a ti. Como han dicho los críticos, ha llegado "la hora del lector". En el fondo no hay tal desorden, no hay tal caos y si desaparecen los elementos que hacían obviamente las veces de puntales y arquivados y columnas, la organización interna de esa estructura que es la novela es mucho más estricta, más trabada, más compleja, más artificiosa, más indispensable. Más indispensable porque esa estructura viene a ser, cada vez más, la novela misma. ¿Podría decirse que junto con los personajes en el sentido tradicional, es decir como "caracteres", con la trama, han desaparecido también los "grandes temas" de la novela? Sí y no. Han desaparecido si entendemos el tema como se entendía al personaje o a la trama. El personaje era una figura muy bien articulada, coherente, en tanto que poseía alguna cualidad singular, un vicio o una virtud, que explicaba toda su conducta y lo distinguía de sus semejantes. No hay que ir tan lejos como Balzac y basta acordarse de la "farisea" de Mauriac o del pequeño cura de aldea de Bernanos. El personaje tenía una historia y el novelista nos la contaba. Es decir,

tenía un *background*. En el otro extremo estarían los personajes de Beckett, Molloy, Malone, pero también estuvieron antes los personajes sin nombre de Kafka y ahora los personajes de Robbe Grillet. Personajes que simplemente *están ahí*, sin memoria, sin pasado, sin otro marco que el mundo concreto de cosas que los rodean, un mundo material con peso y densidad pero sin otra significación, sin *más allá*. ¿Y qué ha sucedido con la trama? La trama solía ser una historia bien construida, con un principio, un desarrollo y un desenlace. Sobre todo un desenlace. Tenía que suceder algo. La vida tendía a la realización de un destino trágico, triunfante o mediocre, pero había una culminación, una progresión hacia algo, las cosas terminaban de alguna manera, había hilos conductores, historias que relatar, anécdotas. ¿Y ahora qué hay? Hay un mundo en el que las cosas están sucediendo sin acabar de suceder o en el que no sucede nada, en donde nada se sale de un presente inevitable e irresoluble como en Beckett, en donde todo está *a punto de, sin acabar de*, en suspenso. Un mundo donde no hay desenlaces, donde el futuro es imprevisible, donde el pasado es inoperante, donde no se puede dar cuenta de nada salvo de lo que *está siendo* en un instante que no corresponde a una sucesión temporal orgánica, que sólo puede compararse con otros instantes igualmente dispersos pero igualmente reales, con esa realidad que tiene únicamente el presente. El desarrollo de una trama exige un mundo donde el tiempo pase y algo se transforme. Del universo balzaciano, donde los personajes viven libremente unos destinos abiertos al futuro; del universo proustiano donde prevalece la memoria, donde se trata de recuperar, de fijar el pasado y de salvarlo del deterioro, de la muerte, hemos pasado al universo beckettiano donde no hay más que un presente suspendido, sin antes y sin después.

¿Qué ha sucedido en este proceso de eliminación, de desintegración y reintegración, de depuración —porque es todo esto al mismo tiempo— con los temas de la novela? En la literatura de todos los tiempos no ha habido sino unos cuantos temas fundamentales que se reducirían, en definitiva, a uno solo: encontrarle un sentido a la vida y a la muerte, derrotar de alguna manera a la muerte, prevalecer. Pero dentro de este tema esencial cada época ha puesto sus propias certidumbres, su propia imaginación, sus propios sueños. Y ahora el escritor se encuentra frente al mundo sin ninguna certidumbre, con muy pocos sueños, provisto únicamente de su imaginación, de esa facultad que le ha sido dada para encontrar formas en medio del caos, para construir un orden dentro del desorden. "¿Tiene algún sentido la realidad?", ha escrito Robbe-Grillet. *El artista contemporáneo no puede responder a esta pregunta: no sabe. Lo único que puede decir es que esta realidad tendrá quizás algún sentido después de su paso, es decir, una vez que su obra haya sido realizada.* Y el mismo Robbe Grillet habla de ese "oscuro proyecto de forma" que viene a ser ya el único contenido posible de la obra de arte. La obra no es ya un "pedazo" de realidad sino una "reflexión" sobre la realidad. Como dice Cioran, "lo mejor que un artista produce son sus ideas sobre lo que habría podido realizar. [El artista] se ha convertido en su propio crítico." Hasta en el mundo desencarnado, angustiosamente vacío de Beckett hay siempre alguien provisto de papel y lápiz, un personaje que, sin quererlo o queriendo, escribe. Si el mundo tiene algún significado es por la presencia del escritor, del artista, para dar testimonio aunque sea sólo de la ausencia de significado, de ese estar al borde del silencio que es, en el caso de autores como Beckett, la única respuesta posible a la interrogación que sigue abierta. El hombre despojado de toda certidumbre, de cualquier apoyo, solo frente a la muerte, frente a una vida enajenada que lo obliga a la inmovilidad, a la parálisis, tiene a pesar de todo una posibilidad: dar cuenta de su condición, de su pérdida, de su impotencia, de su abandono, de su vacío angustioso o, si oímos a Robbe Grillet, de ese vacío sin angustia, sin tragedia, que se extiende entre el hombre y un mundo opaco que no le devuelve ni su propio reflejo. El "tout revient à la politique" de Rousseau se convierte en un "tout revient à la littérature". Todo vuelve, todo puede reducirse, a la literatura, al arte. Para el escritor, para el artista, el porqué del mundo sólo se le va revelando a medida que su obra va cobrando forma, a medida que, en el acto de escribir, lo que era informe se condensa, se endurece, se cristaliza, se crea algo que no estaba antes, que el artista no había adivinado siquiera cuando empezó a escribir su libro (siempre que el novelista pretenda ser eso sobre todo y no meter a su mundo en un lecho de Procusto, en moldes esquemáticos, siempre que se deje llevar por la lógica de sus personajes y no pretenda imponerles su propia lógica). Sólo en este sentido puede decirse que el arte es una forma de conocimiento: el artista conoce al descubrir



Picasso: Las Meninas — "el proceso de creación en todas sus etapas"

un mundo de relaciones nuevas entre las cosas, pero su conocimiento no es previo a la obra, es la obra misma. El novelista se explica al mundo en cada una de sus novelas o al menos se interroga sobre el mundo y puede ser que su arte no sea más que eso, expresar esa interrogación. Y sin embargo, aunque sólo sea eso, abrir una interrogación, el escritor sigue escribiendo. Beckett sigue escribiendo a pesar de que toda su obra pone en duda al lenguaje mismo, a la palabra. Pero el escritor no puede renunciar a la palabra (a no ser que escoja el suicidio), no puede renunciar a ser testigo de su propio acto de creación, a asistir, como la conciencia que se conoce a sí misma, como el pensamiento que se piensa, al nacimiento en él de la voluntad, el deseo, la necesidad, la aventura del libro. Es "esa mirada más profunda, dice Claude Mauriac, que en nosotros mismos nos ve cómo miramos". Después de la desaparición del novelista detrás del tinglado, su reaparición súbita, su desdoblamiento hasta el punto de contemplarse como uno más de sus personajes, de mirarse en el acto de concebir su obra, de encontrarse con cada uno de sus personajes posibles, de acogerlos o desecharlos. *L'agrandissement* de Claude Mauriac es esa novela sobre el proceso de escribir una novela.

El libro se reduce a esto: Un escritor, asomado al balcón de su casa mientras su mujer y su hija se alejan por la calle, piensa en el libro que podría escribir. Es todo. A través de 200 páginas transcurren apenas dos minutos. Dos minutos vistos con lupa, con vidrio de aumento, ampliados al máximo de sus posibilidades, como si de una fotografía se tomara un pequeño rincón y se le sacara una enorme ampliación donde sería posible percibir detalles invisibles en el original. El novelista, ya muy lejos de aquel misterioso y omnisciente demiurgo del siglo XIX, después de haberse borrado con astucia del mundo de su creación a partir de Joyce, se pone ahora en el centro de la escena y nos enseña todas las grandezas y miserias de su arte, invita al público a pasar detrás de bastidores, a tocar los decorados de cartón, las ventanas que no dan a ninguna parte, a ver a los actores justamente un minuto antes de salir a escena, dándole el último toque al maquillaje, poniendo ese gesto que el espectador ingenuo, sentado en su luneta, va a admirar beatíficamente cuando se abra el telón. Como si el mago, después de sorprender a los niños con un truco espec-

taular, los dejara entrar en el juego, estableciera una inesperada complicidad, y les enseñara con toda candidez cómo se hace el truco. Sólo que no hay tal candidez sino más bien un refinado regodeo. El artista tiene tanta conciencia de su arte que se sale de sí mismo y se observa en el acto de crear, como un elemento más del cuadro, del mundo, como un objeto más de ese mundo.

Nada mejor para entender el fenómeno estético, que una reconstrucción hecha por el propio creador de ese artificio soberbio y magnífico que consiste en "disponer el universo de otra manera, con otra luz" en la obra de arte. Asistimos al "diálogo interior" del novelista con los personajes que observa, que inventa, a los que va atribuyendo experiencias personales vividas en otras circunstancias, en contextos muy distintos. En el novelista que dialoga consigo mismo dialogan sus personajes posibles. Una frase tomada de una de sus novelas anteriores, *La marquise sortit à cinq heures*, es el comienzo de *L'agrandissement*. El instante descrito en esa frase se agiganta y al final del libro ese gesto, esa mirada, están ocurriendo todavía. Más que un transcurrir hay una duración prolongada infinitamente. El momento del libro es previo al comienzo de ese otro libro que Mauriac ha escrito ya, *La marquise sortit à cinq heures*: el instante en que el autor, en su balcón, se plantea las dos maneras posibles de escribir un libro. *L'agrandissement* viene a ser, pues, la instantánea ampliada de esa gestación de un libro que el autor ya escribió, *La marquise sortit à cinq heures* y de esa otra posibilidad de escribir aquel libro que es, en definitiva, *L'agrandissement*. El momento, antes de ponerse a escribir una novela que en realidad ha escrito antes que este libro, momento en que oscila todavía entre dos libros posibles: aquel que en realidad ha escrito primero y éste que al fin acaba por escribir también. "Este libro, nos dice Mauriac, es la historia de un señor que se pregunta cómo va a escribir un libro que yo ya he escrito y que he escrito dos veces." Es decir, que no es la historia de un libro que no puede escribirse, que no acaba de escribirse nunca; no es la historia de un fracaso. *L'agrandissement* es como la cúpula de un edificio que Claude Mauriac empezó a construir con su primera novela. Es su reflexión sobre su propio arte, sus confidencias sobre sus libros anteriores, sobre esa manera

de comunicación silenciosa, el "diálogo interior", que es después del monólogo joyceano uno de los hallazgos técnicos más penetrantes de la novela contemporánea y que Mauriac ha desarrollado, más que como técnica, como verdadero motivo central de su obra. Es la radiografía de una novela, que nos deja descubrir los secretos de la composición, las dudas, los tropiezos, las dificultades del novelista, toda la "textura" del libro, su mecanismo interno, el proceso por el cual lo que se quiere expresar encuentra un "modo" de expresarse y "unos cuantos temas inagotables, siempre los mismos" se desenvuelven en todas sus variaciones como en una composición musical. Las impresiones de los personajes son intercambiables, los personajes mismos son intercambiables, se le van descubriendo poco a poco al novelista, que no los conoce en realidad sino al final, cuando la obra está terminada. Y en medio del tema esencial, la creación, el novelista toca los múltiples resortes de algunos temas básicos que son indudablemente los motivos de su vocación de escritor, los incentivos de ese malestar, de esa inquietud que no pudo encontrar otra salida, que lo obligó un día a sentarse delante de una hoja en blanco para llenarla de determinadas palabras (y no de otras), dispuestas precisamente en un orden peculiar que sólo él mismo era capaz de descubrir (y no en ningún otro orden). Y que desde ese momento le ha hecho sentirse distinto, experimentar "un descanso, una buena conciencia, olvidadas a veces, redescubiertas de repente y que hasta entonces, dice Mauriac, no habían sido negadas. No disfrutaba de una alegría antes, hasta hace poco, sin decirme que era indebida y engañosa, puesto que no había escrito mi libro, puesto que no había realizado la obra para la que estaba hecho y cuya presencia virtual sentía dentro de mí... Hasta el punto que, aunque no volviera a escribir nunca un solo ensayo novelesco en lo sucesivo, jamás volvería a conocer sin embargo ese desaliento, casi desesperado, que me agobió durante tanto tiempo."

Si la novela surge siempre de un desequilibrio, de un hiato entre el novelista y el mundo y, en última instancia (como sucede con toda obra de arte), de ese desacuerdo máximo que es la transitoriedad, la finitud, la muerte, en Mauriac ese malestar que lo obliga a crear se traduce en dos temas obsesivos: la posibilidad de comunicación y la inmovilización del tiempo. Las palabras que se dicen suelen decir muy poco pero por debajo de ese diálogo que disfraza más de lo que descubre hay otro diálogo, el verdadero, la conversación subterránea, la única que permite un encuentro entre los seres humanos. Así como el monólogo interior había estado implícito en la literatura antes de Dujardin, antes de Joyce, ya Balzac había descubierto el diálogo interior (que él ponía entre paréntesis, como al margen del diálogo hablado) y lo había utilizado en *Le curé de Tours*, una novela de 1832. Ahora, son Nathalie Sarraute y Claude Mauriac los que hacen del diálogo interior el vehículo más apto para recoger esa materia sutil y evanescente que constituye su sustancia novelesca. Esa comunicación por debajo de la superficie se produce también por debajo de la historia. El presente de Mauriac no es un presente sin memoria sino, al contrario, un presente donde "lo que ha sido no deja de ser jamás". Como si en el espacio donde se han sucedido generaciones, en los edificios donde han vivido, subsistiera con extraña simultaneidad todo el pasado y lo que está ocurriendo en el presente. El pasado irrumpe en el presente como si en determinado nivel coincidieran, una coincidencia que se manifiesta en la conciencia de algún personaje. Textos antiguos, documentos donde se narran las pequeñas historias al margen y dentro de la Historia, se mezclan constantemente a la observación de lo que está pasando y, al final de *La marquise*, Mauriac evoca dos frases que llama decisivas para muchas obras contemporáneas. De Joyce: *La Historia es una pesadilla de la que trato de despertar*. De Klee: *El elemento temporal debe ser eliminado: ayer y hoy como simultáneos*. Hay algo de Proust en esa necesidad que siente Claude Mauriac de fijar un tiempo donde se estancan a la vez los minutos que pasan, el presente huidizo que pretende agigantar y demorar indefinidamente, y los siglos que han ido acumulando una sustancia imponderable, una materia que *está ahí* tanto como *están ahí* los hombres y las cosas en el mundo sacado del tiempo de Beckett o de Robbe Grillet. Pero algo, un matiz, un pequeño detalle, una diferencia de grado separa a Claude Mauriac, escribiendo en 1959 o en 1963, del Proust que escribe en 1905 o en 1912. A primera vista: Proust trataba de recrear la continuidad de un tiempo concluso, de recuperarlo y rescatarlo para llenar el presente. El pasado sustituía a un presente borrado, del que no se podía dar cuenta. Para Mauriac lo que existe es el presente, la obra de arte da cuenta del presente y del pasado sólo cuando aflora en el presente y coincide como una imagen más, al lado de las sensa-



"reflejo en el espejo"

ciones y reflexiones sugeridas por lo que *está siendo* en el momento, en *este* momento. El pasado se borra como pasado y existe sólo como presente. Pero hay más. Proust creía poder salvar algo. Contra el paso del tiempo, la corrupción de las cosas, había un dique, la obra de arte. Y eso a pesar de que sabía que la eternidad no le estaba prometida tampoco a los libros y que, en definitiva, sólo quedaba aceptar esa muerte, quizás más dolorosa, tanto como la propia muerte, como la muerte de todos y de todo lo que se ama. Pero en la obra de arte estaba el júbilo, la alegría y, en alguna medida, la salvación. Mauriac ve en el fondo, detrás de esa súbita y engañosa satisfacción de la obra de arte, un fracaso, una derrota, "...no queda sino un grito en las tinieblas, un grito que quiso ser canto y cuya modulación estudiada se deshace, subsistiendo sólo un lamento, articulado pero desprovisto de sentido, que testimonia a su manera la soledad y la nada del hombre. Último intento de recuperar, a pesar de todo, lo que he llamado mi obra y que no es nada. Una nada que asumo desesperadamente, apasionadamente, porque no me queda otra cosa." Y sin embargo cuando todo oscila, cuando hay un vértigo, una incertidumbre vaga, una angustia sin causa aparente, entonces "no queda nada sino la literatura" y aunque "basta una palabra para restablecer el silencio", el autor no puede evitarla, no puede negarse a decirlo, no puede rechazar ese único camino que no va a llevarlo al paraíso, que no va a asegurarle ninguna salvación, pero que para él resulta inevitable, el único que conoce, el único que puede traerle alguna paz, la paz de un instante, un vislumbre, algún destello. Lo único a lo que puede aspirar.

Un libro que estaba implícito, si es que puede hablarse así, en todo el proceso de la novela en el siglo xx, el resultado de la máxima lucidez del novelista, capaz de observarse a la vez como sujeto y como objeto. ¿Significa acaso que la novela se ha "desvitalizado", que ya es incapaz de encontrar otros temas y, enamorada de sí misma, se complace en el disfrute narcisista de su propia imagen?

Lo más socorrido sería acudir a la explicación sociológica fácil: ese goce del artista en contemplarse en su obra se da en las épocas de decadencia; una lucidez tan refinada sólo puede ser signo de un debilitamiento, de un agotamiento de su mundo y de su capacidad para ver ese mundo. ¿Quién podría negar que Velázquez nació cuando en España sólo quedaban los recuerdos de las glorias pasadas y una enorme fatiga frente a la Historia? No vale la pena evocar todas las razones con

que nos abruma los filósofos y los políticos para probarnos que estamos viviendo una época de decadencia. Esas explicaciones son forzosamente exteriores al fenómeno estético y si en alguna medida pueden explicar algunas cosas del medio y los estímulos de todo género que recibe el artista, no nos dicen nada de la obra que *está ahí*, con una presencia tan concreta y tan inevitable, tan irrefragable, como la de un árbol o la silla donde estamos sentados o el libro, independientemente de lo que nos dice, que tenemos en la mano y leemos. La obra está ahí, y si está y es así, es que no pudo ser de otra manera y resultan un poco ociosos los argumentos a posteriori.

Hay una explicación de Merleau Ponty, citada por Mauriac en *L'agrandissement*, que se acerca de una manera más directa y reveladora a lo que puede querer decir esa necesidad del artista de representarse dentro de la obra: "*Visible y móvil, mi cuerpo es una cosa más entre las cosas, es una de ellas, está inmerso en la trama del mundo y su cohesión es la misma que tienen las cosas. Por eso los pintores han gustado representarse en el momento de pintar, añadiendo a lo que veían entonces lo que las cosas veían de ellos, como para atestiguar que hay una visión total absoluta, fuera de la cual no queda nada y que se cierra sobre sí misma. El mundo no está ya delante de él por representación; es más bien el pintor el que nace en las cosas como por concentración y encarnación de lo visible.*" El pintor, el escritor, no está al margen del mundo, contemplándolo únicamente como espectador y con una facultad singular para constituir otros universos dentro de ese mundo. Es un objeto más dentro del mundo y puede ser contemplado desde afuera, por un espectador capaz de contemplar su obra, de contemplarlo a él creando su obra, de contemplar el mundo que él ha creado dentro del mundo y, si hubiera un super-espectador privilegiado, situado todavía más afuera y un poco más arriba, viendo las cosas desde un observatorio envidiable, digamos Dios, podría reunir en una misma mirada al artista, a la obra y al espectador de la obra, y a todo lo que los rodea, como otras tantas partes de algo completo, impecablemente cerrado sobre sí mismo, un universo ordenado donde cada cosa tendría su lugar.

Y así tropezamos con ese otro personaje, nosotros mismos, en la medida en que cada uno de nosotros es espectador posible, lector, de una obra de arte, de un libro, en una novela donde todos los personajes son los espectadores, el público el que contempla y juzga y opina y dice si le gusta o no le gusta lo que ve o lo que lee. En *Les fruits d'or* de Nathalie Sarraute,

el tema es la novela como algo concluido, desligado ya del artista, situado como un objeto fuera de él, la obra ante el espectador revivida, recreada por el espectador hasta el punto que el tema del espectador empieza a ser paralelo al tema de la novela. *L'agrandissement* y *Les fruits d'or* son las dos caras de una medalla y, lo que es una jugosa coincidencia, que se prestaría a las más audaces especulaciones sobre *el empleo del tiempo* (invocando a Butor), los dos libros se publicaron en el mismo mes, abril, del mismo año, 1963.

Si es verdad que no se puede escribir sin caer alguna vez en el ridículo, en todas las obras modernas hay un elemento que salva ese ridículo posible sin suprimirlo del todo: el autor escribe el giro, la frase, y nos hace ver enseguida que no se le escapa el sentimentalismo, la cursilería, el ridículo, pero que no puede evitarlo, porque expresa algo. El peligro está salvado de antemano con Nathalie Sarraute por una calidad peculiar de su lenguaje, esa dualidad constante, esa "modernidad", esa ironía, ese ligero distanciamiento que asume frente a su obra. *Les fruits d'or* "desacraliza" al fenómeno estético, al artista, a su obra, pero sobre todo los "éxtasis" del conocedor, los sutiles galimatías del dilettante, la solemnidad del crítico enamorado de sus frases lapidarias, definitivas. *Les fruits d'or* es el título de una novela que se ha puesto de moda y que todo el mundo está leyendo porque no se habla de otra cosa en las reuniones, en ese pequeño mundo intelectual donde se consume la obra de arte, algunas veces en el sentido más literal, donde se vive un poco a sus expensas, donde el snobismo eleva a las nubes o devora despreocupadamente los valores sin rozarlos siquiera, sin tener la menor idea de lo que es, en definitiva, una obra de arte. Hasta en el título hay una pequeña ironía disimulada. Los *frutos de oro*, algo que evoca los poderes mágicos del rey Midas, esa pesadilla de convertir en oro todo cuanto tocaba. Los *frutos de oro*, algo perfecto, redondo, incorruptible, la belleza misma, la quintaesencia de la creación y, a pesar de todo, algo ajeno, lejano, inasequible, duro, impenetrable, frío, algo que no se deja aprehender, la obra viviente convertida en algo muerto, en una pequeña momia revestida de oro y aceites, el despojo que se lanzan entre sí los oficiantes de un extraño rito primitivo que a la vez consagran y envilecen, siempre dispuestos a cubrirlo todo de incienso o de inmundicias. En realidad hay dos *frutos de oro*: el libro de Nathalie Sarraute y ese otro libro, de un tal Brehier, el libro que todos comentan y que, según se insinúa en las conversaciones que son toda la materia del primer libro, del libro que leemos, es precisamente lo contrario de una novela cualquiera de Nathalie Sarraute. Aunque nunca sabremos a ciencia cierta cómo es el libro de Brehier. No sabremos si es el pastiche que algunos descubren maliciosamente, o una obra clásica, un "buen libro" o un libro "admirable", "la más pura obra de arte", "lo mejor que se ha escrito desde Stendhal... desde Benjamin Constant...", "una verdadera joya", "un verdadero milagro en los tiempos que corren", algo que recuerda la "gracia frágil", la "tierna melancolía" de un Fragonard, de un Watteau, "cómico y trágico a la vez", "poesía de pacotilla", "una gran novela metafísica", un "rompecabezas" donde se oyen resonancias de Anacreonte, de Lautréamont, de Thomas Mann, un libro despreciable "que merece la fosa común", un libro del que nadie se acuerda ya cuando leemos la última página del libro de Nathalie Sarraute.

Pero he aquí lo que opina de ese libro el gran conocedor, el crítico consagrado, el que ya está de vuelta de todas las experiencias literarias, al que no pueden contarle nada, el que es dueño de la opinión autorizada, de la infalibilidad *ex cathedra* sobre el dogma sagrado de la literatura: "*Por supuesto, dice, no hay allí 'profundidades'. Nada de hormigueo de larvas, nada de chapoteos en esos fondos cenagosos que despiden miasmas asfixiantes, en esas pútridas fangosidades donde uno se hunde. No. Eso no podrán encontrarlo en Los frutos de oro. Pero lo que se encuentra allí es lo que hace a las grandes novelas. Todo el arte de un novelista consiste en eso, me parece, en elevarse por encima del hormigueo nauseabundo, por encima de esas descomposiciones, de esos 'procesos oscuros', como sue' llamárseles... si es que existen, de lo que no estoy muy seguro... Para ser francos, no creo... pero en fin vamos a admitirlo... pues bien, el arte consiste justamente en desecar todo eso, en convertirlo en tierra sólida, dura, sobre la que pueda construirse, crear una obra. Una gran novela, para mí, está como San Petersburgo construido sobre los pantanos, como Venecia ganada, al precio de cuántos esfuerzos, a las aguas turbias de la laguna.*" Y Nathalie Sarraute no se ocupa, en sus propias novelas, sino de esas "profundidades", de esos "fondos cenagosos", de ese "hormigueo de larvas", de esas experiencias casi inexpresables, resbaladizas, que apenas pueden

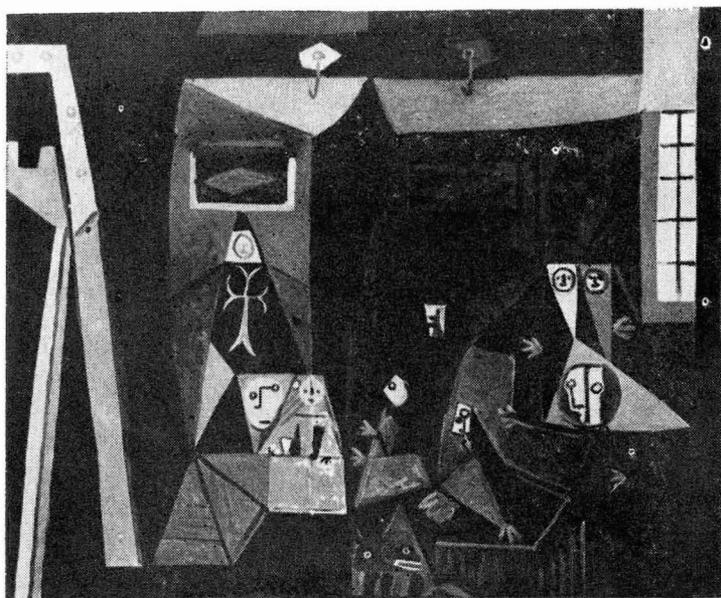


"el artista se contempla a sí mismo"

formularse en palabras y que son para ella la realidad más auténtica, más incontaminada. En boca de uno de sus personajes anónimos, el crítico en cuestión, la novelista pone un anatema de su propia obra, de todo lo que ella misma ha intentado incorporar a la novela. Y aunque al hacerlo se burla de la inepticia, la grandilocuencia y la estulticia de tantos "especialistas" y un poco quizás, ¿por qué no?, de esos cultivadores del *nouveau roman* que desprecian cualquier análisis o "psicología de las profundidades", no deja de mirarse a sí misma un poco burlescamente, con esa distancia de que ya hemos hablado, como sucede un poco más allá, cuando en las palabras de otro personaje, en algún monólogo, la adivinamos a ella misma sonriendo ante las "impresiones fugitivas", las "sensaciones sutiles", las "anticipaciones de la eternidad", las complacencias de las "almas sensibles" en sus pequeñas e intransferibles sutilezas. Lo cual parece probar una vez más que lo único que no puede faltar en una novela que pretenda ser efectivamente contemporánea es una dosis considerable de inteligencia.

¿Pero no habrá detrás de esta inteligencia, de esta ironía, la comprobación, el pesar, de que la obra de arte es inabordable? ¿No se nos dice que se le escapa igualmente al crítico académico que pretende aplicarle sus moldes estrechos y estériles y al conocedor alerta que se precia de estar al día, de conocer todos los secretos, de captar eso que vibra y está vivo en la obra de arte, pero también, en última instancia, al espectador, al lector espontáneo, armado sólo de sus reacciones directas, de su buena voluntad? A primera vista *Les fruits d'or* no deja nada en pie de todo el edificio culto y semi-culto construido en torno al gusto literario. Allí está la obra, indefensa en la jaula de los leones, expuesta a que unos y otros se la disputen, la cubran de frases huecas, de epítetos triviales, de elogios hiperbólicos, de lugares comunes, de ataques susurrados, de clichés prefabricados, de toda la gama de ineptitudes con que suele disimularse la incapacidad para establecer ese "diálogo silencioso" entre autor y lector que sugiere Claude Mauriac. Pero no, a pesar de todo, la comprensión verdadera, la comunicación de dos mundos a través del contacto auténtico con la obra de arte es posible. Nathalie Sarraute la hace aflorar de repente, en medio de la avalancha de palabras inútiles, como un júbilo, una voluptuosidad, una exaltación, "esa sensación de crecer, de esparcirse, que tenían cuando, solos en su cuarto, leían deteniéndose a cada rato para repasar minuciosamente, para saborear, para henchirse de expectación antes de reanudar la lectura, sin apresurarse, hojear, releer lentamente, dejarse conducir hasta esas frescuras umbrías, esas profundidades azulosas..." Así como la Reforma quiso que el hombre estableciera un contacto directo con la palabra de Dios, sin ningún intermediario, Nathalie Sarraute nos propone, guardando las debidas distancias entre Dios y el artista, que nos acerquemos a la obra sin muletas, pero eso sí, con los ojos y los oídos muy abiertos. Y ese acercamiento exige la soledad. La misma soledad del artista de Mauriac en su balcón del *carrefour* de Bucí. La soledad del espectador frente a la obra, como la soledad del artista frente a su mundo. Alguien, que trata de explicar a un auditorio la emoción que le ha producido *Les fruits d'or* de Brehier, un escritor, alguien muy sensible, de quien todos esperan la iluminación, la clave del libro, titubea, tropieza, da traspiés, busca inútilmente algo sólido a que aferrarse y no encuentra una sola cita, ninguna frase, nada que pueda ofrecer a los que están allí esperando, algo de ese conocimiento íntimo y tan seguro que había tenido antes. "Su voz se eleva clara, firme... ninguna vacilación... lee lentamente, articulando cada palabra, como cargándola para hacerla más densa, para darle más peso y proyectándola con todas sus fuerzas hacia el círculo inmóvil que lo escucha en silencio. Pero las palabras centelleantes y ligeras revolotean un instante y vuelven a caer a su alrededor, se desparman... Su voz se hace más baja, se vuelve ronca, se apura, quisiera escapar, mientras que el círculo se estrecha, todos los ojos están fijados en él: ¿esto es todo lo que nos ofrece? ¿son éstos los tesoros que este conocedor nos ha ponderado? Estas pobres cosas..."

Esa pobre cosa, la obra de arte. Ese objeto admirable. Pobre cosa si se vuelve discusión farisea, palabrería. Certidumbre deslumbrante si no se pretende manipularla, frotarla en público como lámpara de Aladino. La novela (podría ser el poema, o el cuadro, o la escultura), algo que no se deja reducir a otra cosa, que no es nada fuera de ella misma y es todo en sí misma, que se basta, un todo coherente donde cada frase, cada palabra está regida por las demás y las rige, algo que el novelista escribió así y convirtió en una novela porque no hubiera podido escribirlo de otra manera, porque si hubiera



"el tema es la pintura misma"

podido decirlo con otra organización, con otro orden, con otra lógica, con otro tono, si hubiera podido argumentarlo y explicarlo y razonarlo no habría escrito una novela sino un ensayo, una disertación filosófica o un artículo de periódico.

La novela, la obra de arte, es necesaria. Algo en el artista lo impulsa a crear un orden dentro del desorden, a producir ese objeto completo que luego se le escapa un poco, empieza a tener vida propia desde que sale de sus manos y puede ser contemplado por los demás, pero que, en alguna medida, lo libera de algo, aunque sea transitoriamente. Aunque esa inquietud que lo impulsa a pintar o a escribir o a esculpir vuelva a aparecer y se reproduzca constantemente y lo obligue a reanudar una vez y otra ese esfuerzo riguroso que no le da tregua hasta que da con la forma definitiva, hasta que ha acabado de crearse ese orden distinto, ese otro universo paralelo a la vida pero distinto de la vida que es el universo del arte.

Y en ese otro mundo donde el artista penetra cuando se desprende de las ataduras de la vida práctica, el tiempo es otro. Un tiempo que no está amenazado por la finitud o, al menos, que no lo está de la misma manera que el tiempo irreversible de toda vida humana encerrada entre los límites del nacimiento y de la muerte. Ésa es la necesidad que llena el arte, en el artista y en el espectador, la necesidad de una libertad que no se alcanza en la vida real, que prevalece más allá de la satisfacción de esas otras necesidades de libertad más concretas que corresponden al nivel de la vida política y social. Una libertad, o una ilusión de libertad, sin la cual no podría vivirse este lado de la vida, la vida real, y que quienes no han tenido contacto con el arte buscan en las diversiones, sin recibir a cambio, casi siempre, sino una satisfacción precaria, engañosa y decepcionante.

La sensación de que el arte es ese algo que prevalece, ese asidero en medio de la soledad del hombre frente a todas las pérdidas, frente a su propia muerte, es quizás la única certidumbre que nos dejan algunos libros. Libros como *Les fruits d'or* o *L'agrandissement*. Y es posible que para muchos no sea suficiente. No es suficiente si se le pide al arte que funcione como una llave maestra capaz de abrirle al hombre todas las puertas, de resolverle todas sus necesidades, de llenar vacíos que reclaman otras cosas más sustanciales, más materiales, que no se llenan precisamente con moralejas, ni con las palabras de un libro ni los colores de un cuadro. Pero esto no significa que sea menor la importancia del arte. Sólo quiere decir que es de otro orden. Porque el vacío que llena está también ahí, tanto como los otros vacíos, y no desaparece ni se colma —salvo de angustia quizás—, cuando todos los demás están satisfechos, si no es con ese alimento impalpable pero irremplazable que es la obra de arte.

A fuerza de contemplar su imagen, dice el mito, Narciso se debilitó y acabó por morir. Pero allí donde estaba nació una flor extraña y perfumada que desde entonces lleva su nombre. El arte ha sido desde el principio el espejo donde el artista se ha contemplado al contemplar al mundo. Pero el artista no ha muerto nunca de esa contemplación. Sólo se ha transfigurado. Y en el espejo, desvanecida su imagen, queda la imagen definitiva, su creación, ese reflejo singular, ese objeto donde todo se aclara, donde se disipan las tinieblas, donde algo se rescata de la disolución, del caos, donde nos hacemos la ilusión de tocar, tranquilamente, la eternidad.

Sobrepoblación y desarrollo económico de México

Por Ifigenia M. DE NAVARRETE

¿Existe el problema de la sobrepoblación en México? ¿Es excesivo el crecimiento demográfico del país y sería deseable y conveniente uno menor?

Para dar respuesta a tales preguntas que inquietan y preocupan a buen número de estadistas, técnicos, políticos, profesionistas y público en general, sería necesario, antes de proseguir, definir cuál es el alcance de los términos sobrepoblación y explosión demográfica. A este último se le utiliza para describir un crecimiento acelerado de la población, debido a la permanencia de altas tasas de natalidad frente al descenso rápido y espectacular de las tasas de mortalidad general e infantil. Y es en los países subdesarrollados donde este fenómeno se está presentando con mayor intensidad. El crecimiento explosivo de la población constituye un problema mundial de reciente aparición, como lo expresan las cifras siguientes:

Periodo	Crecimiento medio anual de la población mundial. ¹ %
0 — 1650	0.04
1650 — 1750	0.3
1750 — 1850	0.5
1850 — 1900	0.7
1900 — 1950	1.0
1950 — 1961	1.7

En el caso de México, lo que interesa es saber si la explosión demográfica significa sobrepoblación. La sobrepoblación, por su propia naturaleza, es término relativo: se presenta cuando debido a la desproporción entre la oferta de mano de obra y la de bienes de capital, el aumento del ingreso y el producto no bastan para cubrir las necesidades de consumo, inversión y ocupación de una población creciente. Por lo tanto debemos relacionar el crecimiento de la población con el de la producción y el consumo. Para Roberto Malthus el problema se centraba en el supuesto de que el aumento de la población sobrepasaba, en mucho, al de los medios de subsistencia. Pero como ha quedado demostrado, gracias al progreso tecnológico y a su aplicación en el campo de la producción, la oferta de alimentos se ha

acrecentado a tal grado que inclusive ciertos artículos presentan problemas de sobreproducción. Colin Clark afirma que si se aplicaran las técnicas intensivas de cultivo de Dinamarca y los Países Bajos a las tierras cultivables mundiales, podrían alimentarse bien 12 mil millones de seres humanos en lugar de los 3 mil millones que actualmente habitan la tierra. Por otra parte, muchas industrias sólo pueden operar en gran escala gracias a la existencia de un amplísimo mercado. ²

Con el sistema cibernético (automatización), que ya está aplicándose en los países industrializados, puede lograrse una producción potencial enorme que exigiría poca cooperación humana, aunque paradójicamente puede ocasionar una reducción de empleos e ingresos, y un consumo insuficiente.

Federico Engels, con una mayor visión, afirmaba que la presión demográfica no se ejercía sobre los medios de subsistencia, sino sobre el número de empleos disponibles en un momento dado. ³ Esta suposición nos parece mucho más correcta porque definimos la sobrepoblación como la existencia, en una determinada sociedad, de un desequilibrio entre la oferta de dos factores productivos: una abundante mano de obra frente a una escasa dotación de capital, de manera que la producción, el ingreso y los empleos disponibles no bastan para cubrir las necesidades *descables* de consumo, inversión y ocupación de su población, y que el crecimiento de estas variables hace imposible nivelar este desequilibrio en un periodo inmediato, teniendo en cuenta la técnica, los medios y sistemas de producción imperantes en esa sociedad. Se trata pues de un fenómeno temporal y, desde este punto de vista, tendremos que llegar a concluir que si existe sobrepoblación en México, ya que es manifiesto el mencionado desequilibrio entre la población y su crecimiento, y el de la oferta de medios de producción y número de empleos productivos disponibles. De 1930 a 1962 la tasa de crecimiento de la población registró un aumento continuo, pasando de 1.7% a 3.3% anual, si bien el producto nacional bruto (P.N.B.) también aumentó, el producto *per-capita* alcanzó un crecimiento máximo de 4.1% anual en la década de los cuarentas para descender, en los últimos años, al 0.8% anual (véase Cuadro 1).

CUADRO 1

CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN Y DEL PRODUCTO NACIONAL

— Miles de habitantes y millones de pesos de 1950 —

Año	Población	Tasa de incremento anual	Producto nacional bruto	Tasa de incremento anual	Producto per capita (pesos)	Tasa de incremento anual	EN PESOS CORRIENTES	
							Producto nacional bruto	Producto per capita (pesos)
1930	16 553	—	15 538	—	939	—	2 846	172
1940	19 654	1.7	20 721	2.9	1 054	1.2	7 300	371
1950	25 791	2.8	40 577	7.0	1 573	4.1	40 577	1 573
1960	34 923	3.1	73 482	6.1	2 104	2.9	154 137	4 375
1962	37 265	3.3	79 651	4.1	2 138	0.8	177 533	4 764
Periodo 1930-1960		2.5		5.3		2.7		

Fuente: Nacional Financiera, S. A. "50 Años de Revolución Mexicana en Cifras", Banco de México, S. A. *Informes Anuales* (Serie Antigua del P. N. B.).

El siguiente problema que se plantea puede reducirse a tratar de contestar: ¿cómo superar esta situación de sobrepoblación? Es decir, ¿qué hacer para poder satisfacer en forma adecuada las necesidades de la población actual y cómo cubrir las derivadas de su aumento?

Al llegar a este punto las opiniones parecen dividirse de manera tajante. Por un lado están los optimistas afirmando que la vitalidad de un pueblo que se multiplica fácilmente nos otorga una gran ventaja frente a otros cuyo crecimiento es muy

lento; que la historia prueba, una y otra vez, que con el advenimiento de la civilización y de más altos niveles de vida se reducen la tasa de natalidad y el crecimiento demográfico; que indudablemente México seguirá la misma trayectoria y que, por tanto, nada hay que hacer en materia demográfica sino proseguir con el desarrollo y esperar pacientemente la inversión de la tendencia. Una persona muy próxima a la política de salud pública afirmaba que semejante crecimiento nos conduciría a grandes progresos, producto de una población pujante en

oposición a la "decadente" población europea y que, en un futuro próximo, lograríamos sobrepasar a Francia. Al preguntársele de dónde saldrían los recursos para alimentar, alojar, educar y ocupar a tan creciente población contestó: No es ése nuestro problema, es a los economistas a quienes toca resolverlo.

Por otra parte, los pesimistas hablan de las graves consecuencias que sobrevendrían si no se toman medidas para reducir el crecimiento de la población, equilibrándola con el crecimiento económico y, consecuentemente, de la urgencia de un control de la natalidad. Agregan, además, que en un país subdesarrollado una población creciente significa un aumento en el consumo y una disminución del coeficiente de ahorro —a causa de la pirámide de edades que concentra la mayor proporción demográfica en los niños y jóvenes— y que el proceso de desarrollo requiere precisamente un ahorro e inversión crecientes. Si en un país industrializado el P.N.B. aumenta a un ritmo del 5% anual y la población al 1%, el ingreso *per-capita* aumentará al 4% anual. Un país subdesarrollado con la misma tasa de crecimiento del P.N.B., 5%, pero con un incremento demográfico del 3% sólo aumentaría su ingreso *per-capita* en un 2% anual, de manera que la desigualdad económica entre los países desarrollados y los subdesarrollados se ahondará cada vez más en lugar de reducirse. Para este grupo tiene plena validez la opinión expresada por el filósofo Aldous Huxley: "Para todo el que piense en términos tanto de biología como de economía política y sociología, es patente que la sociedad que ejerce el control de la muerte tiene a la vez que ejercer el de la natalidad; el corolario de la higiene y la medicina preventiva es el anticoncepcionismo."

Para los marxistas el problema de la sobrepoblación como tal, no existe. Paul Baran reproduce esta cita: "Este planeta no es ilimitado, pero es suficiente para mantener a todos los que quieran vivir en él. En rigor, podría decirse que los hombres han alcanzado una etapa de desarrollo técnico en la que pueden producir con los recursos disponibles no sólo subsistencia, sino la abundancia."⁴ La miseria y carencia de las masas se deben a las fallas del sistema capitalista de producción, una de las cuales se manifiesta en una deficiente demanda efectiva

y un gran desperdicio de recursos y, para ellos, las contradicciones del capitalismo sólo pueden superarse con un sistema socialista.

Cierto que en este problema, como en tantos otros, los diferentes puntos de vista son válidos en parte. No puede desconocerse el hecho de que los sistemas de producción prevalecientes en un país subdesarrollado producen graves desigualdades y no satisfacen los requerimientos de inversión y consumo de una población creciente, y que el desperdicio y la capacidad no utilizada conviven frente a la pobreza y la desocupación. Pero nada o muy poco ganaríamos si solamente disminuyera la natalidad y se mantuviera la pobreza. Para absorber la población excedente es necesario acelerar el desarrollo económico y racionalizar los sistemas de producción y consumo, cosa que sólo puede lograrse mediante una planificación de la economía, planificación en la que deben participar esforzadamente todos los sectores.

La urgencia de establecer un Plan Nacional queda dramáticamente demostrada si analizamos la distribución ocupacional de la fuerza de trabajo, que se representa en términos porcentuales en el Cuadro 2. De 15 países seleccionados de Europa, América y Japón, son México y Brasil los que tienen la mayor proporción de población ocupada en la agricultura; México, Colombia y Brasil los de menor proporción de trabajadores en la industria de transformación, minería y construcción, y México y Ecuador los que tienen una menor proporción de población trabajando en los servicios. Sabido es que el proceso de desarrollo trae como consecuencia aumentos en la productividad agrícola que originan —a volúmenes crecientes de producción— una menor participación de la mano de obra en esta actividad, en tanto aumentan el número y la proporción de los trabajadores ocupados en la industria y los servicios. En los países industrializados que aparecen en el Cuadro 2, la proporción de trabajadores agrícolas fluctuó del 5% para el Reino Unido al 30.5% para Italia, y la proporción ocupada en la industria varió entre el 33.9% para Japón y el 52.1% en Alemania Occidental. Con el desarrollo de la producción automatizada, la proporción de mano de obra industrial tenderá a disminuir y, en cambio, aumentará la ocupación en los servicios.



"elevar la responsabilidad, dignidad y amor que deben rodear a la procreación"

Seguramente las transferencias continuarán incrementando su importancia, o sea, que se distribuirán ingresos sin que medie una contraprestación en trabajo: los jóvenes estudiarán más años y tendrán una mejor preparación, muchos de ellos estarán becados, y se subsidiarán artistas, escritores, deportistas, pensionados, etcétera.⁵ En los servicios, la ocupación fluctuó de un 34.5% en Italia al 53.8% en los Estados Unidos y un 55.1% en Canadá.

Igualmente alarmante resulta observar que en México, durante la década 1950-1960, la estructura ocupacional apenas se modificó y más de la mitad de la población económicamente activa sigue dependiendo de la agricultura (la cual participa con menos del 20% en el Producto Nacional). No cabe duda que mediante la ejecución de un Plan Nacional de Desarrollo un menor crecimiento demográfico facilitaría la transferencia de mano de obra agrícola a la industria y los servicios; habría menor presión sobre la tierra cultivable —dada la técnica actual— y haría posible aumentar la proporción del ingreso destinado a la educación de los recursos humanos y a la inversión.^{6a} Pero lo que resulta desastroso para el país es la combinación de una alta tasa de crecimiento demográfico y un nivel bajo de ingresos y, a la vez, que la planeación sea incompleta o ineficaz y, en sectores importantes, hasta inexistente.

Desde el punto de vista de la política demográfica no se puede aceptar que el desarrollo económico traiga como consecuencia simultánea la disminución de la natalidad sin antes analizar las causas que originan este fenómeno. La razón principal de una menor tasa de natalidad en los países desarrollados es la limitación voluntaria de los nacimientos motivada, según el profesor Kingsley Davis, por el deseo deliberado de constituir familias menos numerosas para poder mantener y mejorar una posición en una sociedad afluyente, que cada vez ejerce una mayor presión sobre el tiempo y los recursos del

individuo, y no por el temor de agotar los medios de subsistencia.^{6b} Para lograr familias menos numerosas el ser humano no se ha valido de cuanta práctica ha encontrado a su alcance. Las observaciones históricas hechas en países donde se ha manifestado un abatimiento de las tasas de natalidad, por ejemplo, en Europa, en Japón, en países socialistas, católicos y protestantes, demuestran que uno de los factores de mayor influencia en este descenso ha sido el aborto, el cual ha precedido a la adopción de métodos anticonceptivos, pese a la oposición del Estado y de la Iglesia.⁷ Sólo en una segunda etapa la educación higiénica y el uso de sistemas de control de la fertilidad afectan el número de nacimientos. Por su naturaleza delictiva es difícil comprobar plenamente la importancia del aborto provocado, pero ciertas evidencias recientes indican que algunos países de América Latina, notablemente Chile, siguen este rumbo. En México casi no hay investigaciones científicas sobre este serio problema de salud pública. Cabe destacar un trabajo del doctor Arturo Aldama, referente a una encuesta realizada entre 1 000 mujeres de la Ciudad de México, seleccionadas al azar durante 5 meses, casi todas ellas casadas o en unión libre, la gran mayoría católicas, con una edad que fluctuó entre los 15 y los 44 años de edad y de diferentes clases económicas.⁸ El 30.7% de las mujeres entrevistadas declaró haber recurrido a este procedimiento, porcentaje que varió ligeramente según el grado de instrucción, pero predominando entre mujeres de 35 a 44 años de edad y entre las que tenían más de 4 hijos. Las causas declaradas obedecieron en primer lugar a motivos económicos; en segundo a desaveniencias conyugales y en tercero por razones de salud. En el Hospital Juárez se estima que hay un aborto provocado por cada cinco nacidos vivos.⁹

Según las estadísticas del Instituto Mexicano del Seguro Social, de las aseguradas atendidas en la Maternidad No. 1 durante 1961, el 57% fue de parto, el 30% de abortos (inclu-



"el desperdicio, la capacidad no utilizada conviven frente a la pobreza"

CUADRO 2

DISTRIBUCIÓN DE LA FUERZA DE TRABAJO *

País	Años	Agricultura	I N D U S T R I A				Servicios
			Total	Extractiva	Manufacturas	Construcción	
Estados Unidos	1950	10.9	35.3	1.7	27.3	6.3	53.8
Canadá	1962	9.7	35.2	1.3	26.1	7.8	55.1
Reino Unido	1951	5.0	47.6	3.8	37.4	6.4	47.4
Alemania Occidental	1960	7.2	52.1	3.5	39.4	9.2	40.7
Países Bajos	1947	14.3	35.2	1.5	26.1	7.6	50.5
Dinamarca	1955	19.9	33.9	—	26.8 ²	7.1	46.2
Israel	1951	14.7	34.5	—	24.8 ²	9.7	50.8
Italia	1951	30.5	35.0	—	26.6 ²	3.4	34.5
Japón	1960	18.0	36.2	1.6	26.8	7.8	45.8
Venezuela	1950	37.0	19.3	2.8	10.7	5.8	43.7
Chile ¹	1952	29.6	28.0	4.6	18.7	4.7	42.4
Brasil	1950	53.5 ²	15.5	—	15.5 ³	—	31.0
Colombia	1951	50.6	18.4	1.6	13.0	3.8	31.0
Ecuador	1950	50.4	22.9	0.5	20.0	2.4	26.7
México	1950	54.4	17.0	1.3	12.7	3.0	28.6
México	1960	53.9	18.7	1.3	13.8	3.6	27.4

* Fuerza de Trabajo remunerado.

¹ Incluye a los trabajadores familiares no remunerados.

² Incluye Industrias Extractivas.

³ Incluye Construcción, Electricidad y Gas.

Fuente: Oficina Internacional del Trabajo, *Anuario de Estadísticas del Trabajo*, 1962.

yendo amenazas) y el 13% de otros diagnósticos; considerando a todas las derechohabientes, los porcentajes correspondientes son de 62%, 26% y 12% respectivamente.¹⁰ La relación de 26% al 62% es bastante elevada, pues equivaldría a 42 abortos por cada 100 nacimientos, pero no puede tomarse como real y amerita una seria investigación, ya que no sabemos si los abortos fueron provocados o naturales (quizás motivados por las condiciones de trabajo), y en qué proporción se realizaron o frustraron.¹¹ Sin embargo, es de sospechar que estas estadísticas confirman los resultados del doctor Aldama, o sea que este procedimiento ilegal está siendo utilizado, mucho más extensivamente de lo que se admite, en la capital y tal vez en otras ciudades de la República.

Otro factor de gran influencia en el control voluntario de la natalidad es la elevación del nivel cultural de la mujer y su incorporación a las actividades económicas, pues en ocasiones la necesidad de contribuir con su ingreso al sostenimiento de la familia, motiva que se adopten prácticas de control de la fertilidad. Otra causa ligada con la anterior son los matrimonios tardíos, puesto que al retardar la formación de la familia, el ciclo reproductivo se reduce.

No podemos terminar sin mencionar el lado humano de la reproducción o sea la necesidad de elevar la responsabilidad, dignidad y amor que deben rodear a la procreación de la especie humana. En una moderna sociedad democrática la planeación de la familia, sobre bases éticas, es una alternativa que debiera estar al alcance de todas las familias a través de una adecuada orientación en centros de salud pública. La planeación de la familia, mediante el control preventivo de la fecundidad, seguramente reducirá las cifras de abortos delictivos, práctica que constituye una lastimosa enfermedad social, según la denominan con todo acierto los especialistas.

En conclusión, si desde el punto de vista del desarrollo económico conviene armonizar el crecimiento de la producción con el crecimiento demográfico, acelerando aquél y disminuyendo éste, para obtener un aumento continuo y de significación en el ingreso por habitante, desde un punto de vista más amplio que busca el bienestar general de la sociedad, parece necesario poner a disposición de la población métodos socialmente sanos que permitan humanizar la reproducción de los seres humanos.

NOTAS

¹ Fuente: Kingsley Davis, "Population", *Scientific American*, septiembre de 1963, y Colin Clark "Population Growth and Living Standards" en *The Economics of Underdevelopment*, A. N. Agarwala y S. P. Singh ed., Oxford University Press (1953).

² Colin Clark, *op. cit.*, p. 42.

³ Carta a F. A. Lange, marzo 29, 1864, en Marx y Engels, *Selected Correspondence* (Nueva York, 1934), p. 198, citado por Paul Barran, *La economía política del crecimiento*, p. 273.

⁴ R. Brittain, *Let There be Bread* (Nueva York, 1952), p. 223 en Paul Baran, *op. cit.*, p. 272.

⁵ Este medio de retirar población del mercado de trabajo, sólo se refleja parcialmente en las estadísticas ocupacionales, en las cuales tampoco aparecen los miembros del ejército.

^{6a} El licenciado Gilberto Loyo afirma: "creo con el profesor Mortara que la disminución de la tasa de incremento demográfico podría reducir el esfuerzo necesario para el desarrollo económico y favorecer la mejoría de los niveles de vida", *Población y desarrollo económico*, Selección de Estudios Latinoamericanos, p. 174.

^{6b} Kingsley Davis, *op. cit.*

⁷ Las leyes que permiten esta práctica en Japón y Suecia se promulgaron en 1949 y 1950 respectivamente.

⁸ Doctor Arturo Aldama, "El aborto provocado, problema de salud pública", trabajo presentado en la XVI Reunión Anual de la Sociedad Mexicana de Higiene, celebrada en México, D. F., en noviembre de 1962.

⁹ *Ibid.*

¹⁰ María del Refugio Loyola, *La explosión demográfica y el desarrollo económico*, Tesis, Escuela Nacional de Economía (1964), p. 69.

¹¹ Se calcula que el número de abortos provocados por cada 100 nacimientos es de 19 en Chile, 72 en Japón, 48 en Checoslovaquia y 13 en Suecia (años de 1957 a 1959), doctor Arturo Aldama, *op. cit.* Cuadro 1.

El México de los novelistas ingleses*

Por José Emilio PACHECO



"la plenitud perdida gracias a la civilización"

Tenemos con los novelistas ingleses una vieja querrela, una discordia que no ha hecho sino ahondarse, pues no abundan los que se proponen leer sin prejuicio unos libros juzgados siempre con encono y resentimiento; para la mayoría, libros tabú, fruto de la difamación y la ceguera, obra, a juicio de muchos, de calumniadores que han dado al mundo una imagen irrisoria y bestial de lo que es México.

Como toda pasión es pendular, nuestro nacionalismo nos lleva con frecuencia a desmedir, quejándonos del país, sus terribles carencias, sus errores. Sabemos que este juicio no nos absuelve y al acusar nos condenamos. La autocrítica, en el fondo, deja siempre un regusto fariseo.

No ocurre lo mismo si es un extranjero el que se atreve a decir algo semejante a nuestras censuras. Entonces sentimos la misma irritación que se experimenta cuando alguien que ve las cosas desde fuera, se une a los comentarios negativos que hemos hecho de nuestra familia. Sentimos la impostura, el entrometimiento, la violación de un derecho sagrado. Y en el otro extremo de la pasión, humillados y ofendidos, nos enardecemos.

Esto es natural, y lo grave sería que no fuera así, pues lo mismo sucede en todas partes: ¿no los españoles conservan ante Mérimée y Gautier (o Hemingway) un resentimiento análogo al nuestro con Lawrence, Huxley, Greene? Pero ¿por qué no detenernos y reflexionar un instante en las razones del contrario?, por qué no, libres de cólera y prevención, admitir que

puede haber algo de cierto en las palabras que nos han herido, y que aceptarlo resulta acaso un síntoma de madurez. Recordemos, por otra parte, que nadie corre el riesgo de escribir un libro acerca de algo que no fue objeto de su amor o su dolor. Y que en toda oposición —bajo el desprecio, ante el orgullo— late un principio de solidaridad.

Todo viajero siente necesidad de relatar lo que ha mirado. Así nacieron muchos de los libros perdurables que conoce la humanidad: Padre de la Historia, Herodoto lo fue también de la literatura de viajes. Y de las deformaciones que son el pecado original y la fascinación del género.

En la Era de los Descubrimientos, América fue campo propicio para la imaginación europea. Hombres que pisaron su tierra en los primeros siglos quisieron dejar constancia de lo visto o lo imaginado en los ríos, la selva y el desierto. "La grandeza, extrañas y maravillosas cosas... porque los que acá con nuestros propios ojos las vemos, no las podemos comprender." Estas palabras de Cortés —en Tepeaca, 20 de octubre de 1520— podrían ser el epígrafe de todas o casi todas las opiniones antiguas y modernas sobre América. Las Crónicas de la Conquista inventaron una mitología que yace tras cada nueva visión del continente americano. Pero la realidad vivía de otro sustento: sin El Dorado, sin las Siete Ciudades de Oro ni las Amazonas; con las Sirenas reducidas a su humillante verdad

* Síntesis de una conferencia en la Casa del Lago, dentro del ciclo "Los grandes temas de la literatura del siglo xx", el 2 de mayo de 1964.

de manatíes, ya casi al término del dominio español, Humboldt redescubre en su *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España* la riqueza (y aun el misterio) de lo que todavía era el "Nuevo Mundo".

Para México, el XIX fue en cierta medida un siglo trazado, se diría, por la imaginación de un folletínista. Tras la Independencia, el país comenzaba su propia búsqueda, la inacabable construcción nacional; vuelto contra sí mismo, ajeno y entrañable y codiciado por todos los imperios, sin más elección para sobrevivir y desarrollarse que la espada o la pared: Norteamérica o las grandes potencias colonialistas de Europa. Y de la ambición, a menudo entre los criollos que sirvieron en el ejército realista, nacieron las dinastías de golpes militares y su fruto: el *Dictador*, Rosas, Porfirio Díaz, García Moreno, Solano López, nuestro Santa Anna, trasunto napoleónico con su pequeña Batalla de las Pirámides, su retirada rusa, sus Cien Días y su mínimo Waterloo. Y al lado del "General-Presidente", del Tirano Banderas, una sociedad criolla y un mestizaje, español por una sangre (es decir, doblemente mestizo), habita en los patios coloniales, en las grandes haciendas de la llanura o, con mayor frecuencia, integra la multitud que pulula en las plazas, mendiga, riñe, se amotina, es arrastrada en la leva, destruye o edifica, explota al indio, el paria de esa división clasista, vagamente heráldica; o vive del rencor, conspira en el cuartel, siente nostalgia por el "hombre fuerte", el amo absoluto, "Su Alteza Serenísima". Durante muchos años nuestros pueblos son "El Matadero" de Esteban Echeverría, el campo de batalla que no logra ahogar en sangre las tensiones de una sociedad, donde a expensas de la pugna entre "yorquinos" y "escoceses", "unitarios y federales", "blancos y colorados", algunos logran que no les falte nada, y gracias a ellos los demás carecerán de todo.

Entonces llegan, de otro mundo, los viajeros. Miran, se asombran y para remediar su desconcierto dejan caer su testimonio. El más célebre quedó para nosotros en las Cartas de la Marquesa Calderón de la Barca (*Life in Mexico during a Residence of Two Years in that Country*. Boston, 1843). Nacida en Escocia, formada en Norteamérica, esposa de Ángel Calderón de la Barca, primer ministro plenipotenciario que España envió a México, la visión de Francis Erskine Inglis no difiere (lo sabemos) de la que presentarán ochenta años más tarde los novelistas ingleses.

Primero, la visión admirable del paisaje, nunca tan amorosamente descrito por nosotros — lo cual sería una razón, tal vez la única, para reconciliarnos con los viajeros europeos. Después, como en Bernal Díaz del Castillo, el encuentro de la mirada con los pobladores de esta ciudad — la nuestra — construida entre las montañas a orilla de los lagos: "Pero lo que más nos llama la atención son los curiosos y pintorescos grupos de gentes que vemos desde las ventanas: hombres de color bronceado, con sólo una frazada encima con la que se envuelven, sosteniendo con garbo sobre sus cabezas vasijas de barro, precisamente del color de su propia piel, de modo que parecen figuras de terracota; y llevan en las vasijas dulces o blancas pirámides de grasa (*mantequilla*); mujeres con *rebozo*, de falda corta, hecha jirones casi siempre, aunque por debajo de la enagua asoma un encaje; sin medias, con sucios zapatos de raso blanco, aún más pequeños que sus pequeños pies morenos; señores a caballo, con sillas y *sarapes* mexicanos; *léperos* holgazanes, patéticos montones de harapos que se acercan a la ventana y piden con la voz más lastimera, pero que sólo es un falso lloriqueo, o bien echados bajo los arcos del acueducto, sacuden su pereza tomando el fresco, o tumbados al rayo del sol; cuando no se sientan durante horas en el umbral de alguna puerta, asoleándose, o se protegen a la sombra de las paredes; las indias, con sus ceñidas fajas de tela oscura, el cabello trenzado entretejido con cintas rojas, y que han dejado sus canastas en el suelo para descansar, mientras 'examinan' con extraordinaria atención las cabezas de su cobriza progenie." Las descripciones que hace la Marquesa podrían ser comentarios textuales de las litografías de Linati. También, lo que es más importante, trazaron una imagen "típica" (en los dos sentidos actuales del vocablo) que se ha repetido con denuedo para representar al hombre mexicano de entonces y de anteaer.

Las corridas de toros, los conventos, las rebeliones serán, a partir de las *Cartas*, indispensables en toda descripción de nuestro país. Pero creo que corresponde a la Marquesa, al diplomático Brantz Mayer, al comerciante alemán C.C. Becher (*México. Lo que fue y lo que es, Cartas sobre México*, respectivamente; libros que conocemos gracias al interés de Juan A. Ortega y Medina), el mismo título que se dio en años recientes a los artistas plásticos que por esos años visitaron México: son, para las letras, *los descubridores del paisaje mexicano*. Y queda mucho por citar acerca de nuestro XIX: las casi des-

conocidas novelas sobre la Independencia de Gabriel Ferry, los textos de los oficiales franceses y austriacos que llegaron durante la Intervención napoleónica o nuestro "Segundo Imperio", el de Maximiliano.

Mientras México padecía en paz con "Don Porfirio" — el General-Presidente por antonomasia — en el poder, la sociedad industrial extendía en Europa los medios de entretenimiento. El folletín cedió su paso a la revista de narraciones "profusamente ilustrada" que ha rematado en los actuales *comics*, o su ya inminente y total sustituto: el episodio de TV. George Orwell aludió en uno de sus ensayos a la forma en que representaban al mexicano esas revistas para adolescentes que deben de haber figurado entre las primeras lecturas de D.H. Lawrence, Aldous Huxley, Graham Greene y Malcolm Lowry, a quienes esta nota pasa tentativa y superficial revista.

En los cuentecillos y dibujos de esos magazines habría que buscar la imagen "típica" de México y los mexicanos, que apenas de unos años a esta parte ha comenzado a variar. Tales publicaciones se difundieron en casi todos los idiomas y presentaban ya sea un territorio poblado por sectas sanguinarias de aztecas que desollaban a sus víctimas, o generales en perpetua rebelión y combate o, sobre todo, hombrecillos macilentos, bigotudos, que cuando no dormían bajo su gran sombrero, traicionaban a los *cowboys* del Oeste, se aliaban con los apaches o servían de blanco a los infalibles disparos del *sheriff* o del bandido generoso.

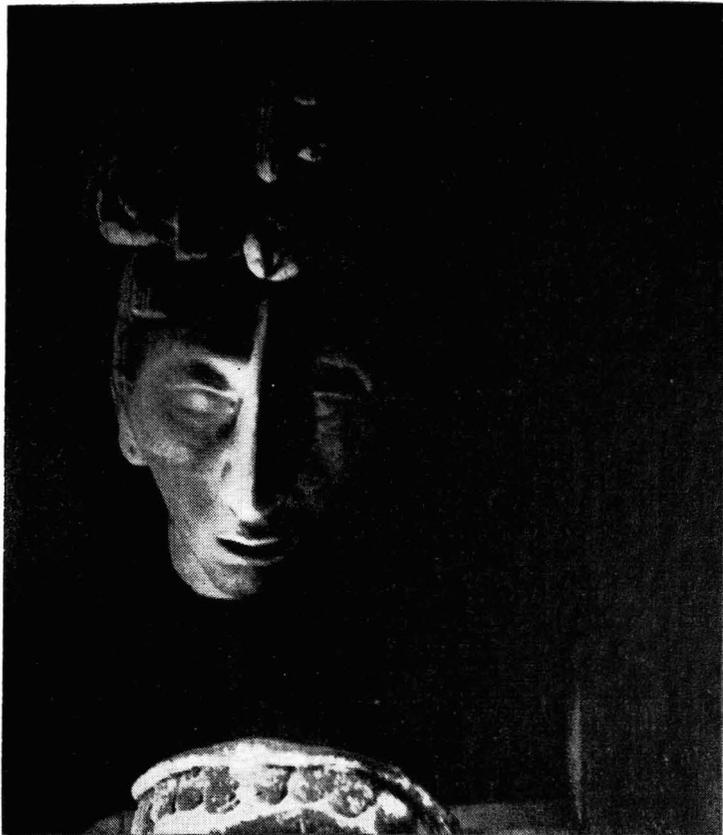
Con la Revolución y la campaña de prensa desatada contra México, los prejuicios europeos se agravarán. De la situación anterior al levantamiento de Madero, y de la lucha armada, quedan los grandes reportajes de Reed y de Turner. Con el asesinato de Carranza en Tlaxcalantongo, se iniciará la etapa que podríamos llamar posrevolucionaria, entre los años 1920 y 1940. La época dio materia a las novelas que, sin otro afán que el informativo, mencionan estos apuntes. Dejo a la curiosidad y posible interés del lector un parangón entre la imagen inglesa de México y la que se hicieron de ese mismo lapso un novelista y más tarde *best-seller* español: Vicente Blasco Ibáñez en su curioso libro *El militarismo mexicano*; un gran autor cinematográfico soviético: Sergio Eisenstein en *¡Que viva México!*, y tres escritores franceses: Antonin Artaud, Paul Morand y Max Chadourne, este último en un libro menos conocido que los anteriores y cuyo título es revelador: *Anáhuac o el indio sin plumas*. Aparte de las páginas mexicanas de John Dos Passos y James Cain en su olvidada novela *Serenade*.

David Herbert Lawrence fue el primero en expresar el horror y la fascinación que el México de entonces engendró en los novelistas ingleses. Lawrence no pasa por el mejor momento de su estimación crítica. Considerado primero hereje, luego profeta y voz de toda una generación, en este fugaz 1964 se ha hablado de él como de un "puritano escandaloso". Y convencidos de que nada envejece tan pronto como el erotismo, los lectores de idioma inglés se han sorprendido de que, durante 30 años, estuviese prohibida y fuera de escándalo para sus padres una novela tan inocente como *El amante de lady Chatterley*.

La primera posguerra fue la revelación: los cimientos de Europa se habían derrumbado y era necesario buscar otras causas y otros sitios que devolvieran a la existencia la plenitud perdida gracias a la intolerable civilización. Como en otro siglo, se quiso volver a los orígenes y creer en la bondad intrínseca de la naturaleza humana, en el buen salvaje. Lawrence pensaba que el aire de América era nuevo, el cielo no tan viejo, la tierra menos fatigada. Llegó al continente por Nueva York, pasó un tiempo en las Montañas Rocallosas, donde sobrevivían antiguas tribus que no eran mexicanas ni norteamericanas. Esa experiencia, y esos lugares, aparecen en el relato *Una mujer partió a caballo* y en la segunda mitad de *Mañanas en México*.

La primera parte de este libro cuenta la estancia de Lawrence y Frieda, su mujer, en un pueblecillo del Sur, donde comienza el otro México, el México secreto e impenetrable de los indios. De ellos lo primero que sorprende a Lawrence es el azoro y el recelo de su mirada. Sus cuerpos le parecen puñales de obsidiana. Son gente que ve al hombre blanco como un fenómeno; algo para reír y maravillarse, nunca para considerar al propio nivel. El mono blanco conoce, por ejemplo, el tiempo, que para el indio y para el mexicano es una vaga y confusa realidad. Hay, para nosotros, sólo tres tiempos: en la mañana, en la tarde, en la noche. Ni siquiera el mediodía ni el atardecer. En cambio para el mono blanco existen las cinco y cuarto, las nueve y media. Su día es una terrible complicación. Lo mismo ocurre con las distancias. Para los indios no hay sino cerca o lejos, o muy cerca y muy lejos.

El dinero no interesa al auténtico mexicano; no le gusta



"los modos de conciencia de los indios"

ahorrarlo. Su condición, su instinto es gastarlo inmediatamente para no verse en el caso de precisar de él. En realidad no quiere guardar nada, ni siquiera a su mujer y sus hijos; nada que entrañe una responsabilidad. Limpio, limpio del pasado y el futuro, deja únicamente el momento rígido y agudo y sin conciencia como el puñal de obsidiana. Sólo el instante, afilado por el olvido, a la manera del gran puñal de los sacrificios.

Mas el gran mono blanco tiene las llaves del universo, y el mexicano de ojos negros ha de servirle con objeto de poder subsistir. Además, tiene que aprender sus trampas y prestidigitaciones: división del día, monedas reales, máquinas, trabajo sin sentido pero pagado con exactitud. Un mundo de vicios y virtudes de micós.

Ante nosotros, mañana es siempre otro día y ayer es parte del nunca más. ¿Para qué entonces, pensar — que es otra de las tretas del mono blanco? No nos importa tener que trabajar para él: sus ardidés y combinaciones nos sirven de distracción. Hay tantas maneras de divertirse que no importa hacerlo, mientras no nos tiente el diablo, viéndoles explotar nuestro sudor, nuestro dinero, robando nuestras tierras y hasta el aceite y el oro de nuestro suelo.

Y luego la llamada tristeza del indio: nuestra pena es negra, de reptil y tiene un temblor de odio: terror a la cárcel, a la leva, al poder odiado y denostado sordamente, en la oscuridad.

La civilización corrompe al hombre; el progreso lo degrada y tritura su espíritu. Para Lawrence y sus contemporáneos la salvación estaba en el regreso al ser adánico, al hombre natural e incontaminado.

Pero ya en *Mañanas en México* está el gran mérito de los ingleses, más allá de lo que podemos pensar de su juicio sobre nosotros: ningún novelista mexicano —la observación es de Octavio Paz— ha sabido expresar la violenta belleza del paisaje como los ingleses.*

Lawrence ve a México con ojos del primer día: así sea el polvo, la hierba seca, nuestras arrugadas y silenciosas montañas. Además, se da cuenta de que los blancos, los europeos, escriben siempre o casi siempre sentimentalmente acerca de los indios. Los modos de la conciencia de los indios son diferentes, fatales a los europeos. Los dos modos, las dos corrientes nunca se encontrarán, jamás podrán reconciliarse. No hay ningún puente, ninguna conexión. Y Lawrence clama por la necesidad de entender esto y abandonar la pretensión, llena de sentimentalismo, de interpretar al indio en términos europeos. La aceptación de la gran paradoja de la conciencia humana es

el primer paso hacia una nueva conquista. Y el hombre blanco sólo puede entender la conciencia del indio en términos de la muerte de su propia conciencia.

Lawrence continuó su reflexión sobre el mundo mexicano en *La serpiente emplumada*, una novela aparecida en 1926, cuatro años antes de su muerte. No pretendo hacer crítica literaria, pero hay que decirlo: como novela, al menos, *La serpiente emplumada* es una de las menos eficaces de su autor. Es farragosa, lenta, desmesurada (se dirá, claro, que pretendió ser ficción y no documento). Desde el principio, sin embargo, su vigor narrativo, el increíble poder de Lawrence para describir paisajes y situaciones se ven menguados por un aire de crónica periodística y el deliberado afán de probar una tesis: lo que Lawrence piensa del otro México, de la revolución, del mestizaje y nuevamente de los indios.

En dos palabras la trama de la novela podría bárbaramente resumirse así: Kate, una irlandesa de cuarenta años, decepcionada de Europa, llega a México, donde la enamora el general Cipriano Viedma. Kate va a residir a orillas del lago de Chapala, donde un mítico hacendado, don Ramón, y el propio Viedma reviven el culto de Quetzalcóatl y Huitzilopochtli y pugnan por encarnar, respectivamente, a estos dioses, imponiendo así nueva religión y distinto gobierno a México. Kate, tras el horror que le provoca México, acaba por descubrir en el amor carnal el sentido de la vida; y en calidad de diosa viviente permanece al lado de Cipriano Viedma y don Ramón — que muy probablemente sean una visión caricaturesca de Obregón y de José Vasconcelos.

La anécdota y sus implicaciones nos interesan menos que las ideas de Lawrence sobre México. En primer término la insistencia en que el complejo de inferioridad del mexicano lo hace ser cruel, cobarde y agresivo: nada expresa mejor esas características que la bestial corrida de toros con que se inicia la novela.

En seguida Lawrence da su opinión sobre la Ciudad de México, dueña de una fealdad interior, repugnante, con una corriente subterránea de bajeza y de vicio, manifiesta especialmente por las noches, cuando un vago temor emana de sus calles. Una desesperanza amarga y estéril es el fruto del conocimiento de nuestra capital y nuestro país. Siempre que un mexicano grita ¡Viva!, la frase acaba con un ¡muera! ¡Viva la muerte!, podría ser el lema no sólo de las rebeliones, sino de toda actividad mexicana. En este país, si cualquiera tiene un accidente, nunca se debe acudir en su auxilio: se corre el riesgo de ser detenido como culpable. Las dos categorías sociales son peones y obreros: todos borrachos, pero silenciosos, verdaderas columnas de sangre oscura. Los hombres, las flores, los animales huelen en México a sangre y a sudor. Amenazados por el norteamericanismo, los mexicanos estamos a merced de algo peor que los extranjeros: nuestra propia naturaleza. Al mezclarse sangres de una misma raza todo va bien; todos los europeos son arios, la raza es idéntica. Pero si se mezcla el europeo con el indio, se confunden diversas clases de sangre y resultamos los mestizos — siempre una calamidad. El mestizo no es una cosa ni otra, está siempre dividido dentro de sí. La sangre de una raza lo impulsa a hacer una cosa, la sangre de la otra lo impulsa a la contraria. El mestizo es un desgraciado y una desgracia para sí mismo. No tiene ninguna esperanza; parece como si quisiera castigarse por haber nacido: nacido de un capricho o de un deseo brutal. Los mexicanos dueños de algún talento, virtud o valor, se prostituyen siempre irremediablemente de un modo o de otro, y por eso no llegan nunca a nada. Los indios no pueden hacer nada porque no creen en nada.

No llevaré más agua al molino de injurias y respuestas airadas (y tardías) contra Lawrence; pero a la luz del menor nacionalismo, hay que preguntarse honestamente si su visión no es a menudo la de una solterona británica, aun sin olvidar sus parciales, sus brillantes aciertos. El México de Lawrence es el infierno que ha irrumpido donde debiera estar el paraíso. A través de Kate, Lawrence desborda su compasión por nosotros; también y con mayor frecuencia, su contrario: el desprecio. Desprecia el rostro terrible, tumefacto y envenenado por el tequila de algunos tipos de la ciudad. "En ninguna parte había encontrado rostros en que se pintase el mal con tanta claridad como los que se veían en México." ... "Las mujeres eran también lo mismo. Con sus largas faldas y los pies descalzos, el rebozo a la cabeza, producían el efecto de ser la imagen de la sumisión salvaje y de encarnar esa feminidad primitiva conmovedora y lejana de nosotros. Muchas de ellas arrodilladas, arrebujadas en los rebozos azules, se juntaban en una iglesia oscura; las faldas claras en el suelo, orando con devoción temerosa y extática. El espectáculo de una de estas iglesias llenas

* "No sé si los nacionalistas en literatura hayan advertido que nuestros novelistas dan una imagen más bien pobre y superficial de la naturaleza mexicana. En cambio en algunas de las mejores páginas de los autores de la lengua inglesa, D.H. Lawrence y Malcolm Lowry, aparecen nuestras montañas y cielos con toda su sombría y delirante grandeza", dice textualmente la cita de Octavio Paz que entresaco de un ensayo de 1959, no recogido en libro todavía.

de mujeres humilladas que pedían algún favor, dobladas como seres increados, engendraba en Kate repulsión y ternura."

Lawrence, con Kate, se pregunta si América no es el gran continente de la muerte, la gran negación que se opone a la afirmación de Europa, Asia y la misma África; el gran crisol en que se funden los hombres de los continentes creadores, no para renovar su creación: para mezclarse en la homogeneidad de la muerte. La razón de ser de América, ¿sería el destruir lo que crearon los demás continentes? La corriente de la vida se detuvo, con la guerra, en Europa; en cambio, los magníficos indios son tan hermosos y valientes quizá porque adoran a la muerte, a Moloch. La aceptación de la muerte y la nada contribuye a mantenerlos en el orgullo y en la indiferencia. Si los blancos perdieron el alma que fue suya un día, los indígenas que dan vueltas en derredor del círculo del vacío, ¿estarán huecos también?

Y todo ello en medio del gran país abrupto, árido, salvaje. Con lugares espléndidos donde sobreviven iglesias, haciendas en ruinas, aldeas, ciudades: el espíritu español se desvanece en México; caen las piedras de las moradas que edificó. La raza vencida, como no se le infundió un nuevo ideal, succionó en la noche y el silencio, tenaz, desesperada la sangre de los conquistadores. Ahora los hijos de quienes dominaron son blandos y sin médula, lloran mutilados de esperanza. ¿Es la sombría negación del continente? Con su belleza dura, vengativa, América parece que espera derrotar a la muerte. ¿Será el mundo su víctima? México abruma con un enorme peso; tal vez la fuerza de gravedad que atrae para poder hallar el equilibrio. Mas las raíces se hundieron y brotan más allá de toda destrucción. Entre ellas están las de la vida. Y las voces de los indígenas, las voces de los niños como aves en la plaza de Tehuacán; su suavidad y dulzura, ¿pueden ser la quietud y la música de la muerte? No lo son, y al final Kate, para quien "todo es sexo" y hay que buscar la vida donde se halla, arraigará al lado de Viedma, le pedirá que no la deje marchar.

Pero Lawrence no supo comprender. ¿La realidad desmoronó sus ideas míticas y románticas sobre México o vino a encontrar lo que buscó, a comprobar sus ideas previas en torno del país? Pero los mexicanos "hasta las cachas", que han insultado a Lawrence cerca de cuarenta años, suelen olvidarse de dos cosas: *Primera*.—Gústenos o no, de que Lawrence es, será una de las grandes figuras literarias —y algo más— de nuestro siglo. Sus opiniones son dignas de una controversia distinta a la que puede enderezarse contra el reportero del *Chatanooga Sun Telegraph* que denigra a México porque le cobraron de más en Xochimilco. *Segunda*.—De que es una ingenuidad, una tierna efusión de patriotismo creer que un inglés —un hombre que, sin metáfora, llega de otro planeta, mejor o peor, no sé: *distinto*— debe sustentar nuestras mismas ideas sobre México. Si un revolucionario mexicano hubiera caído en Inglaterra hacia 1920 y escrito sus impresiones, noveladas o expresas, ¿qué hubiese dicho?

Catorce años después llega a México un escritor opuesto a D. H. Lawrence, pero tan importante como él, al menos en la primera mitad del siglo veinte. Graham Greene hace tiempo que no está de moda (todo escritor que ha llegado a vender más de cien mil ejemplares de sus libros, ha dicho él mismo, puede saber que no tendrá el halago de la crítica) y en México sus historias policíacas han despertado un interés nunca concedido a sus dos libros sobre nuestro país, que invariablemente se condenan, sin darnos cuenta de que *El poder y la gloria* sólo incidentalmente puede referirse a México ya que trata un problema que rebasa los límites de la persecución religiosa en el tiempo de Calles y de Garrido Canabal. Tabasco, en esos momentos de la historia, era sólo una parte, un reflejo de un mundo de traición, violencia y lujuria, abarrotado de pasiones y crímenes y amores desdichados. El sacerdote que huye de sí mismo y de la policía que lo acusa es algo más que una referencia a determinada situación mexicana: encarna una situación más permanente y general. Greene, uno de los grandes novelistas católicos, siente la obsesión del mal y del pecado, no se hace ilusiones con respecto a los hombres: el cura de su novela no es un santo de devocionario sino un hombre abrumado por su condición. Sin embargo, el peligro radica menos en la naturaleza humana, que pese a todo nos inclinará a la solidaridad y a la defensa de nuestros semejantes, que en la inconsciencia y en la ignorancia. Un ejemplo es el jefe de policía que recuerda su primera comunión y habla de las ironías de la vida: asistió al fusilamiento del padre que le dio la primer hostia. Lloró por la muerte del anciano. Se consuela pensando que ahora en el cielo es un santo que ruega por él; por él que persigue a los católicos y extermina sus imágenes. La confianza de Greene se extiende asimismo al triunfo de la iglesia perseguida: muerto

el cura que no alcanzó el poder ni la gloria, sino tan sólo las preocupaciones por el destino que seguiría su hija de siete años, un nuevo sacerdote llega a Tabasco y se dispone a recomenzar.

Nuestro problema con Greene estaría más en el libro anterior: *Caminos sin ley*, de donde el novelista desprendió más tarde *El poder y la gloria*. De ese reportaje se ha dicho, sin probar nada, que fue un libelo difamatorio escrito a sueldo de las compañías petroleras, que acababan de ver expropiadas sus posesiones mexicanas. Y con todo el respeto que podemos tener por Graham Greene, es preciso aceptar que en *Caminos sin ley* muestra el mismo prurito de no informarse y juzgar de oídas y de primera impresión, que volvió a emplear el año pasado en su segunda y vertiginosa visión del México actual en dos cuartillas.

Greene llega a México por vez primera en los momentos más difíciles de Cárdenas: la expropiación y la última rebelión: la del general Saturnino Cedillo, a quien Greene entrevistó en su hacienda de Las Palomas. El problema religioso, desencadenado en tiempos de Calles, subsistía sólo con la prohibición de cultos en Tabasco y algunas partidas de cristeros, aún en armas por entonces, que operaban en tierras de Jalisco. El novelista, el artista Graham Greene está presente en pocas páginas de este libro, que es en realidad el de un reportero que llega sólo a comprobar una imagen atroz, previamente concebida. El sentimentalismo a que aludía Lawrence se transforma aquí en asco y repulsión hacia un país que Greene no se interesó por explicarse. Su afán era probar que México era un país salvaje, intolerante, una Roma de tiempos de los primeros cristianos habitada por indios repulsivos, con muros decorados por pintores monstruosos y una capital que olía a los expendios de dulce de la Avenida Juárez. Creo que los prejuicios de Greene, entre algunas observaciones luminosas, dejan su libro fuera de discusión: es un desahogo, un grito cegado por la misma intolerancia que él reprocha a los mexicanos.

Sólo como testimonio y opinión personalísima de un escritor tan inteligente como Aldous Huxley (muerto en pleno caos del mundo feliz que en parte predijo), vale asimismo la parte final de *Beyond the Mexique Bay*. Huxley coincide con Lawrence y Greene en su actitud despectiva y horrorizada, en ver la proximidad de los Estados Unidos y la paulatina, pacífica invasión como el mayor peligro para México.

Malcolm Lowry, finalmente, situó en Cuernavaca la acción de *Under the volcano*. Como en *El poder y la gloria*, en esta bellísima novela México es un escenario, no una pasión. Todo el libro transcurre en el lapso de un día, el día de los muertos de 1938, cuando regresa Ivonne, la mujer que al abandonar al ex cónsul inglés Geoffrey Firmin lo hundió en una embriaguez que de algún modo resulta también la embriaguez del conocimiento. Fábula de la caída en el abismo del mal, *Bajo el volcán* va del Génesis al Apocalipsis: la muerte absurda y reconciliatoria del cónsul a manos de unos hombres que ni siquiera le odiaron. 1938: oscuridad, desastre, inminencia. Hugh, el medio hermano del cónsul, lucha por una República Española que se desmorona ante el empuje de las fuerzas oscuras. Un año más y el mundo se habrá nuevamente precipitado en el infierno. Quauhnáhuac, la Cuernavaca mítica de Lowry, es la imagen del paraíso perdido que el hombre no podrá reconquistar porque vive a su lado sin alcanzarlo. Y ¿qué es la vida para el cónsul y para todos los hombres sino un combate y el paso de un extraño sobre la tierra? Porque el hombre, cada hombre, debe luchar sin tregua por alcanzar las alturas. También la revolución arde en la tierra que es el alma de cada ser. Y no hay paz que deje de pagar su tributo al infierno. A Geoffrey le queda todo el amor del mundo por Ivonne, sólo que ese amor parece tan extraño y alejado que casi pudiera escucharlo como un zumbido o un llanto, lejano, muy lejano; como un triste murmullo perdido que puede ser que se aleje o que se acerque. Parián y la cantina El Farolito: el faro que incita a la tempestad y la enciende. Allí la vida desciende hasta el fondo.

El último año sin Ivonne fue un terrible sentimiento de abandono y despojo. Ahora ¿cómo empezar desde el principio, con cuál fe ciega encontrar el regreso en medio de cinco mil horribles despertares. Alquimia del día de muertos: el cónsul ha vendido su alma al alcohol y por un momento se le concede ver de nuevo lo perdido. Tras ese instante que no sabe que no puede durar, va a acelerarse la expulsión del edén, la caída en el Mictlán, el infierno en que sólo perdura la desesperación.

Y para evitar el total aniquilamiento de un mundo que puede acabarse con la misma ciega voluntad del cónsul, sobrevive el letrado de los parques mexicanos, advertencia para conservar la tierra — único paraíso que le fue dado al hombre:

¿LE GUSTA ESTE JARDÍN QUE ES SUYO?
EVITE QUE SUS HIJOS LO DESTRUYAN.

Dos poetas jóvenes

CIUDAD BAJO LA LLUVIA

Mira cómo, desde este exilio de cemento,
se extiende la ciudad, a nuestras plantas.
De aquí partían los mercaderes rumbo a España.
Mira el humo en aquellas azoteas,
el resplandor del sol en los tinacos,
aquellas sucias fábricas de plomo.
Mira el papel que cae
desde un alto edificio:
parece un pájaro que ablandara sus alas.
Encabritadas garras afilando,
águilas junto al cielo se desploman.

En este oscuro cuarto
un pedazo de historia se fabrica;
en aquel otro, un hombre sueña con mujer
pero en su lecho sólo la luna
abraza sus muslos y su torso.
Ríe de las etcéteras que, allá,
un triste verso de abogado exuda.

Huele la lluvia.
Mira cómo de la tierra asciende
ese pesado olor del protoplasma.
Mira, desde este exilio de cemento,
caer cenizas, polvos y desgracias.
Mira cómo las lluvias obstruyeron
los albañales de los aledaños.

Mira cómo la lluvia cae sobre los pájaros
y cómo los hombres oscilan,
trapos sacudidos, violentados
por una ráfaga de viento,
a la luz de ese único relámpago.
Su rostro es una mueca,
una bronca blasfemia.
Mira, desde este exilio de cemento,
cómo el cielo resplandece en mitad de la noche
en su calor dramático y terrible,
cómo las estrellas se desgañitan de luz.
Mira, desde este exilio de cemento,
cómo esta mugre tierra estalla
y abandona su sol que la corteja
y corre luego entre pezuñas de asnos.
Vé cómo abandona la tierra estos lugares
dejando a ciertos hombres sin su antípoda,
colgados de sus dientes, al vacío.
Y el cielo desploma su ceniza,
la facilidad de la muerte.

Pero no hablo de lluvias radiactivas,
no hablo desde un refugio antiatómico.

Es la Ciudad de México,
que anuncia su verano.

Jaime Labastida

EL REINO USURPADO

El otoño con su cara hueca
y su tristeza europea
se hunde tras los jardines
cómplices de su falso misterio

Las tenues madonas
translúcidas en la tarde plateada
se aprestan a ser el recuerdo
de alguien que ignore lo irredimible

Porque el tiempo erosiona la memoria
pero no la elimina
y el olvido es cuestión de costumbre
como la inteligencia
o lo que llamamos Verdad

Ídolo destronado
el día renuncia a su esplendor
áureo desplome de la esperanza
que creció con la aurora
y que sólo percibe la pupila del desterrado
que conoce el orgullo precario
de la soledad en la derrota

Tersas bajo el viento de las llanuras
las doncellas cierran las ventanas
mientras en sus corazones
susurra implacable la ilusión

Seres sin rostro
con apenas forma humana
se escurren por las callejuelas
en tanto que en las altas celosías
los enfermizos laúdes pervierten
la conciencia adormecida
evitándole el encuentro
con aquel que serpentea
en la humedad brillante y fría
de su reino usurpado.

MÍRATE

La desconocida transparencia de una mirada
y la suave calidez de una espera
te asfixian con sus tibias manos polvosas

“¡A la pasión a la pasión!” gritan tus cinco sentidos
¿Por qué la sabiduría
si algún día nos ha de sorprender
el nocturno fabricante de rebeldías irrealizables?

Mírate con tu saco raído
tus manos húmedas
tus dioses caducos
y todo tu amor aprisionado
en la depravada cristalería de las vitrinas

Ni siquiera el dolor que aceptaste
te produjo alegría

El dolor amor que no se siente
el dolor cauce de tu ser que fluye
hacia el pozo de lo hondo y lo quieto y lo vacío
el dolor que provoca con su danza
también te ha traicionado.

Gastón Melo

Desempleo y pobreza en los Estados Unidos

Por Gunnar MYRDAL

Dibujos de Ronald SEARLE

EL SURGIR DE UNA "SUBCLASE"

Los hechos relativos al desempleo y sus causas son bien conocidos en Norteamérica, debido a su excelente servicio estadístico.* Con un sentido creciente de urgencia, el Presidente Kennedy ha señalado el nivel alto y creciente del desempleo como uno de los problemas económicos primordiales, e inclusive como el "mayor peligro interior en este decenio". Los estudios especializados y de vulgarización y los periódicos siguen el desarrollo del desempleo, mes por mes, con una solitud que contribuye a que la nación entera se dé cuenta de este mal empleo de sus recursos productivos.

Pero se observa y comenta menos la tendencia de los cambios en curso, conducente a atrapar en la capa inferior de la sociedad una "subclase"¹ de personas y familias desempleadas y gradualmente inempleables y subempleadas, en tanto que, para la mayoría de la gente que se encuentra por encima de dicha capa, la estructura cada vez más democrática del sistema de enseñanza va creando también una libertad y una igualdad de oportunidades cada vez mayores, o por lo menos así ha sido en el curso de los dos últimos decenios.

La visión que el norteamericano tenía de sí mismo, y la que sigue teniendo, es la de una sociedad libre y abierta, en la que todo aquel que está sano de mente y de cuerpo, y quiere, encuentra trabajo, por lo menos cuando los negocios marchan, y en la que cada uno puede ascender hasta las posiciones más altas y bien retribuidas. Fue esta imagen, y el considerable grado de realidad que le correspondió efectivamente, la que indujo a millones de gente pobre de Europa, hasta la víspera de la primera Guerra Mundial, a probar su fortuna en América.

La realidad nunca ha coincidido por completo con esta imagen. Y en las últimas generaciones ha tenido lugar un proceso, que, en tanto que abría mayores oportunidades a un mayor número de personas, íbalas al propio tiempo cerrando más y más a algunas. Y dicho proceso amenaza ahora con desgajar del conjunto de la nación una verdadera "subclase" que ya no

* Capítulo del libro *El reto a la sociedad opulenta* que próximamente publicará el Fondo de Cultura Económica.



"sano de mente y de cuerpo"



"una sociedad libre y abierta"

constituye realmente una parte integrante de la nación, sino un substrato inútil y miserable.

Para empezar por las alturas, el hombre que había triunfado por sus propios medios y disponía de riqueza y mando sobre otros hombres y sobre medios de producción, ha ido desapareciendo en Norteamérica a partir del momento en que la enseñanza secundaria se hizo tan corriente, que el individuo sin algún título apenas podía progresar en el mundo de los negocios. Éstos mismos se han ido convirtiendo en grandes empresas enormemente organizadas. Este proceso se ha mantenido por espacio de más de medio siglo. Uno de los elementos de la imagen norteamericana —simbolizada por el muchacho vendedor de periódicos o limpiabotas que llegaba a magnate industrial, comercial o financiero, o por el hombre que se abría paso desde su cabaña de troncos hasta la Casa Blanca— se ha ido borrando.

Una de las causas básicas de dicho proceso ha sido la democratización gradual de la enseñanza. En esto, Norteamérica ha ido y sigue yendo a la cabeza del mundo occidental. El trayecto hacia arriba podía recorrerse, y se puede recorrer todavía sobre la base del estudio, en dos generaciones, cuando no durante la vida de una persona.

Además, aun si las posiciones económicas y sociales más elevadas estaban cerradas a los que partían desde abajo, seguía siendo posible, con todo, avanzar más y más en muchas ocupaciones, y en casi todos los campos dábese una oportunidad de expansión por mucho tiempo. Por otra parte había por lo menos una cantidad de trabajo por hacer que no requería preparación alguna, y cuando los negocios marchaban había siempre demanda de dicho trabajo. Después del final de la Gran Depresión esto siguió así durante los años de guerra y durante el auge inmediatamente consecutivo a la misma.

Hemos de tener presente, sin embargo, que en grado considerable dicha imagen de Norteamérica tuvo siempre algo de mito. Aun dejando de lado las posiciones económicas y sociales más altas que actualmente están cerradas a los que no cuentan con una educación superior, tampoco la posibilidad de ascender socialmente o siquiera de mantener un nivel de vida respetable y decoroso y de participar en la cultura general de la nación

y en la solución de sus problemas, estuvo nunca en los días de antaño tan al alcance de la mano como se suele suponer. En efecto, grandes masas de gente no tenían oportunidad de participar en la imagen norteamericana de la libertad ni posibilidad de ascender económica y socialmente. Esto se aplica a los arrendatarios negros del Sur, que cultivaban el algodón, a los montañeses blancos no muy al sur de Washington, y a otros grupos parecidos de blancos pobres en otras regiones, así como a los trabajadores temporales en las grandes granjas de California y a los de los "talleres de sudor" de las ciudades. Además de éstos, y coincidiendo en parte con los últimos, había en los barrios bajos de las ciudades los nuevos inmigrantes, desfavorecidos en muchos aspectos, los cuales pasaban a menudo por toda clase de miserias y calamidades antes de empezar a abrirse paso.

Finalmente, durante las recesiones periódicas de la actividad de los negocios había un gran número de trabajadores, inclusive bien integrados, que se encontraban de pronto sin trabajo y sin ingresos. La serie de semejantes reveses culminó en la Gran Depresión, en cuyo curso llegó a quedar sin empleo el 20 por ciento de la mano de obra.

De modo que el desamparo abyecto de millones de personas no constituye en absoluto algo nuevo en Norteamérica. La tendencia ha sido decididamente en el sentido de reducir el número de los que de ello sufrían o corrían todavía un mayor riesgo. Las causas principales de este fenómeno han sido la productividad creciente de la economía norteamericana y el hecho de que los servicios de enseñanza han mejorado grandemente y de que buenas escuelas y educación secundaria han sido puestas a disposición de una parte cada vez mayor del pueblo, en lo que los Estados Unidos se han anticipado y han sido más generosos que cualquier otro país occidental.

LA NUEVA AMENAZA

Sin embargo, hay algo amenazador en los cambios más recientes y en la tendencia del futuro previsible. En efecto, el desplazamiento de mano de obra no calificada, y aun de una buena parte de la calificada, presenta un carácter tan definido, que ha de forzarnos a detenernos a meditar. En efecto, querer aprovechar la expansión de la demanda de mano de obra altamente instruida y preparada que se está produciendo, y se produciría todavía en mayor grado si la cuota de crecimiento de la economía fuera más elevada, requeriría una enseñanza y una preparación tales de la persona desplazada, que ésta no puede simplemente ni soñar en salvar el obstáculo, por muy inteligente y emprendedora que sea. Necesita de la ayuda de la sociedad para lograrlo, o no lo logrará en modo alguno.

Lo que ocurre es parecido a la desaparición de las posiciones superiores, hace más de medio siglo, para el que había triunfado por sus propios medios como consecuencia de la extensión de la enseñanza secundaria y de la preparación para la dirección de los negocios, a medida que éstos se fueron haciendo más vastos, más organizados y más estratificados. Y este proceso ha continuado persistentemente hacia abajo, afectando primero a las posiciones intermedias y luego a las capas más bajas de los empleados en la industria y el comercio, y ahora ha llegado a hacer que sobren los trabajadores no calificados y aun muchos de los calificados.

Es ésta una nueva amenaza. Porque cuando el proceso ha llegado a tal punto sin que se produzca un cambio paralelo encaminado a educar y preparar a la totalidad de la mano de obra de modo que pueda satisfacer a las nuevas exigencias, entonces ya no queda mucho espacio, más abajo, para el avance económico y social, como era el caso al desaparecer de arriba el que había triunfado por sus propios medios. Ahora, en efecto, aquellos a los que no se necesita son verdaderos "parias". Se convierten simplemente en desempleados y aun en buena parte, en verdad, en inempleables o subempleados. Resulta casi tan difícil para ellos lograr un buen trabajo y conservarlo, como lo fuera antaño empezar de limpiabotas y terminar de presidente de una gran sociedad.

La aparición de esta "subclase" norteamericana de desempleados y en buena parte inempleables y subempleados se produce en el momento en que casi las últimas hornadas de inmigrantes del sur y el este de Europa y sus descendientes se han integrado finalmente a la nación norteamericana. Se produce en un momento en que aquellos que se han instruido y capacitado para adaptarse a la nueva dirección de la demanda de la mano de obra se ven activamente solicitados y en que el nivel general de vida de la mayoría de los norteamericanos bien empleados —y con ello la idea general, difundida por una

industria de comunicación en masa, de cuál es el tipo de vida norteamericano— ha subido muy por arriba de lo que hace sólo pocas generaciones se consideraba como una posición confortable. En el conjunto de la sociedad hay actualmente mayor igualdad de oportunidades de lo que fuera nunca antes el caso. Pero para la capa inferior hay menos o ninguna.

La desaparición del que había triunfado por sus propios medios constituyó un cambio insignificante en la sociedad en comparación del que se está operando ahora y que cierra el acceso a todos los buenos empleos, y pronto a todos los empleados dignos de mención en la Norteamérica de la abundancia, a todos aquellos que tienen la desgracia de haber nacido en regiones, localidades o capas económicas en las que la enseñanza y la capacitación para la vida y el trabajo no se proporcionan en esta nueva Norteamérica como algo normal. Para la mayor parte de Norteamérica existe libertad económica y social de movimientos a través del sistema de la enseñanza. Pero, por debajo de este nivel, una línea separa a la "subclase". Y esta línea de clase se convierte prácticamente en una línea de castas, ya que los niños de esta clase tienden a estar tan pobremente dotados como lo estuvieron sus padres.

En una situación de desempleo alto y creciente, inclusive los sindicatos se convierten a menudo, sin querer, en instrumentos que refuerza la línea que excluye a aquel substrato de trabajadores de las oportunidades de conseguir empleos. El proceso de la automatización es particularmente activo en aquellos sectores de Norteamérica en los que existen sindicatos eficientes. Y éstos se ven así impelidos a ejercer presión con objeto de asegurar el trabajo para sus propios miembros, inclusive si esto induce a los patronos a no contratar nuevos trabajadores. Por otra parte, en una situación de elevado desempleo, los sindicatos sienten a menudo debilitada su fuerza para negociar y les resulta difícil gastar demasiado de ella adoptando una posición firme y consecuente en favor de aquello que constituye el interés primordial desde el punto de vista de todos los trabajadores, a saber: la plena ocupación.

Incurren en esta forma en el peligro de quedar reducidos a organizaciones protectoras de cierto número de distintos grupos de poseedores de empleo. Inclusive si se toman todos los sindicatos juntos, éstos sólo representan una minoría, tal vez una cuarta parte de todos los trabajadores. Y mientras sus miembros tienen empleo, pertenecen a la clase media de la nación. En conexión con esto no debemos olvidar que la protección del trabajo cuenta con una larga tradición en el movimiento sindical norteamericano, especialmente en los sindicatos profesionales de la A. F. of L. (Federación Americana de Sindicatos Profesionales). Para el observador extraño resulta casi un milagro que grandes secciones del movimiento laboral, especialmente los sindicatos industriales del C.I.O. (Congreso de Organizaciones Industriales) hayan logrado abrirse paso hasta posiciones de visión tan amplia y progresista en materia de economía nacional como las que ocupan actualmente.

El hecho de que el substrato en cuestión no esté muy articulado en Norteamérica y pase en consecuencia prácticamente inadvertido a los ojos de los norteamericanos cultivados, ocupados en gozar activa y felizmente de su trabajo y de su ocio, no desvirtúa en nada la gravedad de la situación descrita. Por el contrario, es fatal para la democracia, y no sólo desmoralizador para los miembros individuales de la subclase en cuestión, el que ésta permanezca tan callada y falta de iniciativa y que no se organice para luchar en defensa de sus intereses. En su propio beneficio y aun para su conservación, una democracia eficiente y madura necesita movimientos de protesta por parte de los subprivilegiados.

LA CALAMIDAD DEL DESEMPLEO

Durante la Gran Depresión, los estudios revelaron en Norteamérica y en otros países occidentales que un porcentaje muy elevado de los desempleados tendían a convertirse en "inempleables". Pese a que casi la totalidad de esos inempleables latentes desapareció rápidamente al reanimarse la demanda de mano de obra durante la guerra y después de ella, no podemos con todo estar seguros de que en las condiciones actuales de Norteamérica volvería a producirse lo mismo, aun si lográramos elevar repentina y sustancialmente la curva de la expansión económica.

Esta vez, en efecto, el aumento de la demanda de mano de obra se dirigirá en mayor grado todavía hacia los trabajadores calificados e instruidos, dejando de lado a una gran parte de los demás. Es decepcionante, aunque resulte probablemente apegado a la realidad, que la administración de Kennedy haya



"un substrato inútil y miserable"

vuelto a pronunciarse en el sentido de que puede tolerarse un desempleo tan alto como el del 4 por ciento, aunque sin tener en cuenta, por lo visto, el desempleo de tiempo parcial y el subempleo a niveles de baja productividad.

Y existe inclusive la posibilidad de que el nivel de desempleo sea más alto todavía cuando haya que frenar un auge, debido en última instancia a la escasez de trabajadores educados y preparados, sino por otra razón cualquiera. Esto dejará subsistir un núcleo de desempleo inquietantemente elevado.

El desempleo es un modo de vida pernicioso. Es particularmente perjudicial para los jóvenes de la nación, y más todavía si su nivel de enseñanza y cultura es bajo. De hecho, el crimen, la prostitución y toda clase de formas tenebrosas de pasar el tiempo prosperarán, como ocurrió en los barrios bajos durante los años treinta de la depresión y empieza a ocurrir de nuevo, cada vez más, actualmente.

Por supuesto, las propuestas bien intencionadas presentadas por algunos escritores progresistas en el sentido de conceder subsidios muy aumentados de desempleo, o de pagar inclusive el salario entero a los desempleados, sin límite de tiempo para los que se ven reducidos a dicha condición sin que medie falta por su parte, tienen pocas probabilidades de ser aceptadas por el Congreso. Pero, aparte de su falta de realismo político, semejantes propuestas subestiman hasta qué punto es nocivo y aun destructivo para cualquiera, especialmente para la gente joven sin gran participación en la cultura nacional, permanecer ocioso y vivir permanentemente de subsidios, según ese principio de un puritanismo trasnochado, como lo destaca también plenamente, en mi opinión, la investigación social reciente. En efecto, el trabajo no es sólo y ni siquiera principalmente una "desutilidad", tal como lo concibe la economía clásica. Es ante todo, si no siempre un placer, si en todo caso la base de una vida digna y decorosa. Y no existe remedio eficaz alguno contra el desempleo, aparte de la ocupación; lo cual no significa, por supuesto que no sea importante hacer que la gente pueda vivir cuando se ha quedado sin empleo.

UN CÍRCULO VICIOSO

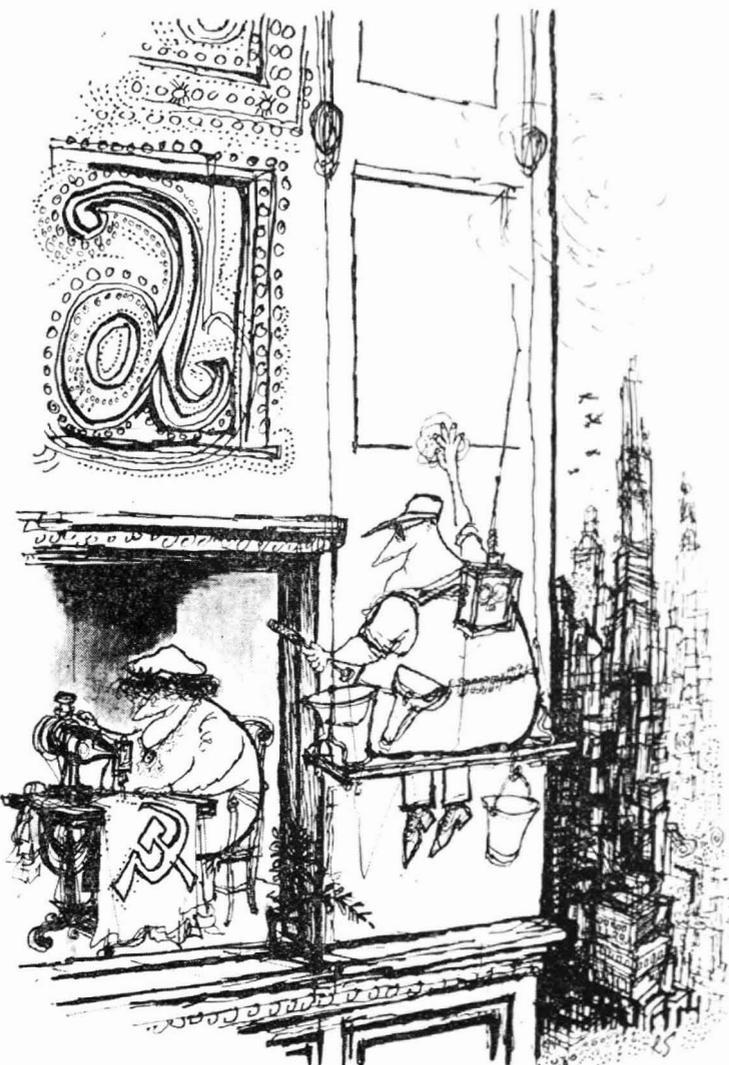
La cuestión esencial al estudiar la connotación social de la formación de esa subclase es el carácter del proceso selectivo que determina que un individuo quede por encima o por debajo de la línea divisoria. La selección se produce según el criterio de la educación y la capacitación profesional. Si la gente de edad no tuvo, y la gente joven no la tiene ahora, una enseñanza hasta los niveles que corresponden al promedio nacional y a la dirección actual de la demanda de la mano de obra, la explicación suele ser por lo general que han vivido en un medio ambiente de pobreza y miseria.

Se ha convertido en costumbre describir la situación de los países subdesarrollados como círculo vicioso en el que "la pobreza se perpetúa". Sin embargo, es el caso que el mismo círculo vicioso se produce para una clase subprivilegiada en el país más rico.² En primer lugar, el desempleo significa la pérdida de ingresos. Especialmente para los que se quedan permanentemente sin empleo o para aquellos cuyo empleo es casual y tiene lugar en sectores no protegidos por la compensación de desempleo, la pérdida de ingresos es total o muy substancial.

Estos desempleados se desaniman y caen en la apatía. En cuanto padres, no estarán en condiciones de sufragar la educación de sus hijos que éstos necesitarían. Se verán impelidos, antes bien, a sacarlos tempranamente de la escuela si se presenta la perspectiva de algún empleo, aun mal pagado y sin futuro. Por otra parte, el ambiente doméstico de los desempleados y los pobres será por lo regular menos adecuado para inducir a los niños y los adolescentes a educarse y prepararse para los buenos empleos.

Los desempleados se verán obligados a vivir en los barrios bajos, o habrán vivido probablemente siempre en ellos. Cualquiera que sean los reglamentos, las escuelas serán malas en los barrios bajos, ya que están en distritos en los que vive la gente atrasada. Y el modo de vida conjunto de los barrios bajos populosos de las ciudades o de los distritos de barrios bajos rurales será pernicioso para la voluntad y la capacidad de progresar en la vida.

Ha constituido una tendencia notable en Norteamérica la de que, paralelamente y aun antes del aumento del desempleo, los esfuerzos con vistas a la eliminación de los barrios bajos beneficiarán principalmente al tercio medio de la nación, que podía pagar los alquileres de las nuevas casas, las cuales sólo en parte mínima fueron realmente "casas baratas". Y los que se quedaron sin hogares hubieron de pasar a otros barrios bajos



"la mano de obra no calificada"

ya atestados o a distritos que en el curso de este proceso se convirtieron en tales.

Esta tendencia falseada de la política norteamericana de la vivienda tiene paralelos en casi todos los demás aspectos de la política social. Así, varios tipos de servicios sociales, lo mismo que hasta cierto punto las disposiciones relativas al salario mínimo, se detienen exactamente por encima de los grupos de la gente más necesitada. Los tipos de seguro voluntario contra enfermedades resultan excesivamente caros para los más pobres, que son los que más padecen de las enfermedades y de falta de salud, tanto física como mental. Y en forma análoga, las disposiciones administrativas agrícolas han favorecido sobre todo a los grandes granjeros progresistas y han hecho muy poco o nada, en cambio, en favor de los pequeños granjeros, los pequeños arrendatarios y los trabajadores agrícolas. Cierio que muchos de éstos deberían sacarse de la agricultura; sin embargo, poco se hace para acelerar el proceso y para prepararlos de modo que no vayan a parar, sin empleo o como subempleados, a los barrios bajos.

En este círculo vicioso de efectos recíprocos hay un factor político que conduce a un proceso de acumulación. En efecto, los pobres no están organizados en Norteamérica y permanecen en gran parte silenciosos. No ejercen presión alguna proporcionada a su número y a la gravedad de su situación. Constituyen el proletariado menos revolucionario del mundo. Según lo muestran los estudios relativos al registro y a la participación electoral, son causa en gran parte del porcentaje relativamente bajo de votantes en Norteamérica, y esto no sólo en el Sur, en donde a los negros se les impide en buena parte votar, aun si desean hacerlo, sino también en el resto del país.

Como quiera que esos elementos representan la gran reserva inaplicada de votantes posibles, las plataformas electorales tanto demócrata como republicana elaboradas antes de cada elección parecen prometer en cada caso una desviación radical respecto de la política seguida hasta el momento, aunque formulada por lo regular en términos generales y vagos. Con todo, una vez efectuadas las elecciones en las que no obstante se comprueba una gran abstención por parte de los pobres, la política vuelve a la rutina anterior de hacer muy poco en su favor.

LOS GRUPOS MINORITARIOS

Una gran parte del desempleo creciente afecta a los grupos de diversas minorías y representa un grave inconveniente en el proceso de la integración nacional. La minoría más vasta y más desfavorecida en Norteamérica es la de los negros.

A partir de principios aproximadamente de la última guerra ha imperado en Norteamérica una franca tendencia hacia el mejoramiento de las relaciones entre las razas, desarrollo tanto más notable cuanto que por espacio de los últimos sesenta años anteriores no se había producido en el estatuto de los negros cambio significativo alguno. Una causa muy importante, entre otras, de esa tendencia favorable fue sin duda alguna el aumento de la demanda de la mano de obra desde el principio de la guerra y después de la Gran Depresión. Le fue permitido a un número creciente de negros adquirir preparación profesional, ingresar en los sindicatos y obtener antigüedad de servicio y protección laboral en nuevos campos que se les iban abriendo.

Sin embargo, los negros siguen siendo "los últimos en emplearse y los primeros en despedirse". El desempleo entre los negros es hoy más de dos veces más alto que entre los blancos, lo que significa que cerca de una octava parte de los negros carece de empleo. Aparte de una delgada capa superior y media de profesionales y hombres de negocios, que prospera a la sombra de los muros subsistentes del prejuicio racial, y ahora de un grupo considerablemente aumentado de trabajadores capacitados y protegidos por los sindicatos, la mayoría de los negros son mucho más pobres y reciben instrucción más deficiente que los norteamericanos blancos en promedio. Son por consiguiente más vulnerables en una situación como la actual, en la que la demanda de mano de obra se orienta y ha de orientarse necesariamente hacia aquellos que han recibido enseñanza y capacitación profesional.

Se les discrimina asimismo directamente, legal e ilegalmente, cuando buscan un hogar. Ésta es la razón de que los barrios negros sean los más sobrepoblados y ruinosos. En el Sur, el sistema conjunto de la enseñanza sigue segregándolos todavía en gran parte en escuelas inferiores. Y todos los demás actos de prejuicio y discriminación tienden a cohibir a los negros tanto económica como socialmente. En estos otros aspectos, la tendencia ha sido, como ya dije, de mejora a partir de prin-



"gozar activa y felizmente de su trabajo y de su ocio"

cipios de la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, las reformas son lentas en cuanto a traducirse en términos de cambios sustanciales en las condiciones de vida de los negros.

Por una parte, el desempleo elevado y creciente entre los negros constituye un agravante y obstaculiza en muchos modos el mejoramiento de la situación de los negros de Norteamérica. Y por otra parte, estas condiciones inferiores de vida, incluidas la enseñanza y la preparación insuficientes, tienden a su vez a hacer más difícil que los negros puedan conseguir y conservar buenos empleos.

El mayor peligro que amenaza la encomiable tendencia hacia la mejora de las relaciones raciales en Norteamérica proviene de dicho círculo vicioso, que opera en una situación de desempleo generalmente alto y en aumento, ya que las condiciones inferiores de vida producen una incidencia mucho mayor de desempleo entre los negros, lo que a su vez provoca un nuevo empeoramiento de sus condiciones de vida.³

POBREZA

La Oficina del Censo, varios departamentos de Washington y otros de la administración de los estados, instituciones universitarias y otros equipos de investigación han realizado estos últimos años una labor meritoria al poner al descubierto los hechos de la pobreza norteamericana y las relaciones causales que tienen por base.

Dan una visión concordante y clara de la situación, sin más divergencias entre los diversos cálculos que las inherentes a todo proceso de observaciones y definiciones estadísticas. La condensación, resumida a continuación, de los resultados de esos diversos estudios parte de *Poverty and Deprivation in the U. S.*, publicada por la Conferencia del Progreso Económico (Washington, 1962), que los tiene en cuenta todos y expone en forma adecuada los métodos empleados en la obtención de las correspondientes cifras.

Si la pobreza se define como tener que vivir con un ingreso anual inferior a \$ 4 000 00 para las familias de varias personas y a \$ 2 000 00 para los individuos solos, resulta que 38 millones de norteamericanos, o sea más de una quinta parte de la nación, eran pobres en 1960. Vivían en la estrechez, o sea por encima de la pobreza, pero por debajo de lo que actualmente se considera en Norteamérica como nivel de vida modestamente confortable de \$ 4 000 00 a \$ 6 000 00 para las familias de varias personas y de \$ 2 000 00 a \$ 3 000 00 para los individuos solos—, más de 39 millones de personas, o sea, una vez más, más de una quinta parte de la nación. En indigencia extrema, considerando como tal la situación de las personas que no

llegaban a tener ingresos equivalentes a la mitad de los que determinan la línea de la pobreza, se encontraban más de doce millones y medio de norteamericanos, o sea aproximadamente el 7 por ciento de la población de los Estados Unidos.

La proporción de personas en estas diversas categorías de estrechez, pobreza e indigencia ha ido bajando desde los años de la depresión: primero rápidamente, y luego en forma más lenta. El descenso ha sido particularmente marcado durante el último decenio. El número de familias que viven en la miseria extrema, con ingresos por abajo de los \$ 1 000 00 al año, parece haber aumentado un poco. En el conjunto de la nación, la distribución del ingreso siguió una tendencia hacia la igualación gradual hasta el último decenio, momento en que el estancamiento económico relativo se reflejó en una nueva tendencia en el sentido de aumentar la desigualdad económica en la nación.

La pobreza es mayor en el Sur. Es dos veces más frecuente entre la población de color en toda la nación. En comparación con los blancos, más del triple de personas de color tienen menos de la mitad del ingreso considerado como línea de pobreza.

La pobreza es asimismo mayor en el campesinado. Afecta en éste a los pequeños granjeros, los pequeños arrendatarios y los trabajadores asalariados, que forman la mayoría de la población rural. Aproximadamente los dos tercios de este último grupo ganaban menos de \$ 1 000 00 al año.

Con mucha mayor frecuencia, la pobreza afecta a las familias cuyo jefe es una mujer, ya sea porque hayan perdido al marido y al padre o porque nunca lo tuvieron. La gente de más de 65 años de edad es particularmente pobre en Norteamérica. De los de 65 años con familia, cerca de los dos tercios vivían en la pobreza, y casi un tercio en la indigencia, de acuerdo con las definiciones dadas más arriba. De hecho, una décima parte de las familias tenían que vivir con menos de \$ 1 000 00 al año, lo que significa indigencia extrema. Y las personas de edad avanzada solas estaban todavía en peor situación. Las cuatro quintas partes de éstas vivían en la pobreza,

y casi la mitad en la indigencia. El ingreso medio de las familias con jefes de 65 años y más era de \$ 3 000 00 al año, y el de las personas solas de dicha edad sólo ligeramente superior a \$ 1 000 00. Este grupo de edad aumenta ahora casi dos veces más rápidamente que hace diez años.

El ingreso bajo se relaciona íntimamente con el grado de instrucción recibido por los individuos. Entre las familias cuyos jefes habían seguido menos de ocho años de enseñanza elemental, casi los dos tercios vivían en la pobreza, con ingresos inferiores a \$ 4 000 00. Más de un tercio tenía menos de \$ 2 000 00. Y entre los individuos solos la incidencia de pobreza era mayor todavía. Las familias menos instruidas y los individuos sin familia representaban ellos solos mucho más de la mitad de las personas que vivían en la pobreza. Y la correlación entre una salud deficiente y los ingresos bajos es análoga.

Más del 40 por ciento de las familias cuyos jefes estaban sin empleo vivían en la pobreza. Constituían la cuarta parte de la gente que vivía en dicha condición. Los otros tres cuartos tenían ocupaciones para las que hemos inventado el término de "subempleos" al analizar los problemas del desarrollo en los países subdesarrollados, con objeto de caracterizar a la gente ligada a localidades y empleos de bajo nivel de productividad y, por consiguiente, de ingreso bajo.

Pertenece a los desempleados en tal sentido la mayor parte de la población agrícola, de la cual los cultivadores progresistas y prósperos de granjas, principalmente en gran escala, constituyen una minoría. En las ciudades desempeñan ocupaciones mal pagadas, y aun a menudo fortuitas.

AUMENTO DE LA DESIGUALDAD EN MEDIO DE LA IGUALDAD GENERAL

Resulta perfectamente posible para la mayoría de los norteamericanos vivir, junto a prácticamente todas las personas con las que tienen contacto directo, en una situación de plena y más que plena ocupación, en la que existe una activa demanda y competencia en relación con su trabajo, en tanto que leen en los periódicos que por debajo de ellos existe un vasto desempleo en aumento. El hecho de que esto sea posible se debe a que dicho desempleo es en gran parte de carácter estructural.

Mientras esto sucede en la capa inferior de la sociedad norteamericana, es perfectamente posible que en la mayor parte de Norteamérica haya cada vez más movilidad social, más libertad e igualdad de oportunidades y un nivel económico y cultural ascendente en general. Más y más individuos y familias se van apartando de la proximidad de la línea divisoria. Las medidas de asistencia social han sido concebidas, como ya señalé, con objeto de procurar mayor seguridad especialmente a ese grupo medio de la nación. Y puede inclusive producirse algún que otro traspaso de la línea de pobreza logrado por parte de individuos de abajo, lo que da la falsa seguridad de que Norteamérica sigue siendo la sociedad libre y abierta de su imagen favorita y sus ideales más firmes.

Sin embargo, a medida que se va requiriendo cada vez menos trabajo del tipo que la gente de los barrios bajos urbanos y rurales puede ofrecer, ésta se irá viendo cada vez más aislada y expuesta al desempleo, al subempleo y finalmente a la franca explotación. Sube un olor feo del sótano de la soberbia mansión norteamericana.

— Traducción de Carlos Gerhard



"cada vez más movilidad social"

¹ La palabra "subclase" no parece emplearse en inglés. En Norteamérica, en donde según lo revelan las encuestas por espacio de varios decenios la gran mayoría se considera a sí misma como "clase media", esto se comprende por razones ideológicas. Sin embargo, nos serviremos del vocablo en este libro, ya que es el que efectivamente conviene a la realidad social aquí examinada.

² En relación con una exposición temprana de la teoría de los efectos circulares que engendran un proceso de acumulación y sus aplicaciones a una categoría subprivilegiada de gente en un país rico, véase *An American Dilemma* (Nueva York, Harper, 1944), cap. 3, sec. 7: *The Theory of the Vicious Circle*, pp. 78 y ss., y Apéndice 3, *A Methodological Note on the Principle of Cumulation*, pp. 1035 y ss.

³ En el Apéndice se exponen algunas observaciones más en relación con los problemas actuales de los negros en los Estados Unidos.

Para un retrato de Pablo Neruda*

Por Margarita AGUIRRE

El delgado y romántico poeta de capa y sombrero de alas anchas, con los años fue adquiriendo una solidez que sin embargo no es corpulencia. Más bien grueso, conserva algo alado que lo torna ágil. Sus pies y sus manos son pequeños.

Su frente, siempre despejada y alta, se ha ido abovedando. El pelo se conserva fuerte y seco a lo largo de las sienes. Los ojos, aunque grandes, dan la impresión de ser chicos, sobre todo cuando ríe. La tez es olivácea, lustrosa; las cejas, tupidas; la boca bien dibujada, de labios rojos.

Sus movimientos son pausados, pero no le cuesta subir escaleras, trepar montes y hasta correr; entonces comprobamos su agilidad.

Cuando escucha, su gesto más común es apoyar en la mejilla el dedo índice, con el pulgar bajo la barbilla y los otros recogidos. Puede estarse así largo rato. También se sujeta la cabeza con toda la mano extendida, desde la mitad de la oreja hacia arriba. Y se refriega de vez en cuando la nariz con el índice.

Lo importante o lo más importante que hay en él es el poderío de su mundo propio, que trasciende de inmediato con una suerte de fascinación conmovedora. Es un hombre al que no se puede mirar en vano. Deslumbra su fuerza, su calidez humana, y es como si algo mágico, una misteriosa atracción, nos atara a su presencia.

Recuerdo el caso de una amiga que no quería conocerlo por temor a desilusionarse. Admiraba profundamente la obra de Neruda y se limitaba a contemplar sus fotografías. Hasta que un día lo conoció en una fiesta. "Fue como encontrar la mirada de mi padre —me dijo— o la de la superiora del colegio donde me eduqué. Una mirada que desborda calor humano, que quiere, que protege sin proponérselo. Hace muchos años, desde el colegio, desde la muerte de mi padre, que nadie me miraba así."

Las costumbres de Neruda son las mismas en cualquier parte. Necesita, por ejemplo, estar rodeado de amigos, y los tiene en todo el mundo. Con ellos le gusta comer y beber, conversar y divertirse. Y hacer bromas. A veces, cuando lo encuentro en Chile o en medio de sus viajes, una de las primeras cosas que me dice es: "Tengo que contarte el último chiste que circulaba en Moscú." O en París o Río o Valparaíso. Le gusta disfrazarse. Santiago del Campo cuenta que en baile de disfraces en la Escuela de Bellas Artes "la más extraña de todas las máscaras era un señor de inmensa nariz postiza, envuelto en una bata de baño y afirmado en un paraguas inverosímil. Era Pablo Neruda, el poeta cuya obra ha sido traducida a todos los idiomas de la tierra, y que ha hecho de Santiago de Chile una de las capitales mundiales de la poesía contemporánea." En su casa se han dado a menudo fiestas de máscaras, muy alegres. Entonces baila el vals *Sobre las olas*, una de sus grandes debilidades. Por lo demás creo que es lo único que sabe bailar, y su falta de gracia cuando baila es la gracia misma.

Le gusta comer, y no es difícil adivinarlo a través de su poesía: Hasta ha dado en sus odas recetas de cocina, como la del caldillo de congrio, plato tradicional chileno que es uno de sus favoritos. Empieza desde temprano a desear una comida determinada, la manda comprar y cocinar, convida a sus amigos y es feliz comiéndola, aunque a veces el grupo de amigos supere la cantidad de lo cocinado y haya que empezar a disminuir las raciones o sustituir ese plato por otro. Esto de convidar siempre a los amigos no es sólo típico de las familias chilenas sino que además, tratándose de Neruda, le viene por herencia. Dicen que su padre, cuando algún amigo le faltaba, a la hora del almuerzo, salía a buscar a un vecino o a cualquiera que pasara por la calle para convidarlo a compartir su mesa.

Pablo puede beber bastante sin que le haga daño. El alcohol apenas acentúa su natural alegría. Tiene un gran dominio sobre su cabeza. En la actualidad no le gusta trasnochar. Despierta siempre alrededor de las ocho de la mañana. Después del almuerzo duerme largas siestas. Es aficionado al té, que toma varias veces durante el día. En cambio, no bebe café. Fuma en pipa. Le gusta tener pipas de todas partes del mundo, pero para su uso personal prefiere las inglesas.

Y le gustan los mercados, las casas de antigüedades y de trastos viejos. Puede pasarse todo el día revolviendo "cachureos", como decimos en Chile. Le ha gustado desde niño, cuando recogía piedras o huevos de pájaros extraños, caracoles o plantas. Es perseguidor incansable de la belleza en sus formas

más olvidadas o desconocidas. Arrastra a sus amigos en sus andanzas y les contagia su pasión. Después hace construir casas y va disponiendo en ellas lo acumulado, generalmente adquirido con poco dinero y mucha paciencia.

Es generoso hasta lo increíble y da por sentado que los demás tienen su mismo desprendimiento. Se admira que así no sea. Siempre piensa bien del prójimo; aunque lo han engañado muchas veces, reincide. Hay mucho en él de la avidez del niño, algo del vagabundo, como en todo chileno, y una vitalidad terrenal, sensual, que parece inextinguible.

Siempre me ha sorprendido su facultad de prestar atención a varias cosas simultáneamente. Recuerdo que en más de una oportunidad ha estado dictándome una carta, una conferencia o un discurso y a la vez dirigiendo las plantaciones de flores de su jardín; o se ha levantado para contestar al teléfono o dar alguna orden y al volver retomaba el dictado: nunca fue necesario leerle el párrafo en que habíamos quedado; puede pasar de una reunión política a una social o literaria sin inmutarse, y de un idioma a otro —del francés al inglés o al italiano o al castellano— sin esfuerzo aparente.

Ante los desconocidos es más bien tímido. Cuando algo lo impresiona, suele decir frases que no revelan en modo alguno su estado de ánimo, incluso lo traicionan. A este respecto, cuentan que al ver las ruinas de Macchu-Picchu, exclamó: "Qué buen sitio para comer un cordero asado." Lo cual indignó a sus acompañantes, que tal vez esperaban las consabidas frases de admiración; en una entrevista le preguntaron si la anécdota era cierta. "Es posible —confesó Neruda— que haya dicho alguna tontería. Pero es algo que nos pasa generalmente a los chilenos; cuando algo nos emociona mucho nos taimamos y decimos cualquier cosa para salir del paso. Yo ni siquiera lo recuerdo. Fue tan grande mi impresión cuando me llevaron a Macchu-Picchu, que permanecí mudo. Alguien me preguntó entonces qué me parecía aquello y yo contesté inocentemente. Se trata de una reacción típica del sur de Chile: expresar la más honda de las emociones identificándola con el más contundente de los hechos diarios. Lástima que no estábamos en Temuco, sino en esa inmensidad de América que es Macchu-Picchu."

He presenciado el dolor inmenso que fue para Neruda la muerte de Eluard. Yo misma le alargué el cable sin abrir. Lo vi palidecer bruscamente y golpear con el puño la mesa, murmurando con rabia: "Merde, merde". Al rato me dijo con los ojos secos y hundidos: "Ha muerto Paul Eluard." Y se fue a su habitación.

A Pablo Neruda le gusta casar a sus amigos. En cuanto uno de ellos ha quedado solo o es soltero, empieza a buscarle novia. Ha concertado no pocos matrimonios, algunos más afortunados que otros. "Yo soy el buen poeta casamentero. Tengo novias para todos los hombres." — dice en sus *Odas*.

Le apasiona la pintura y ha escrito muchas veces sobre pintores. También sobre escultores. No he leído nada suyo sobre música. Tiene poco oído, aunque un gran sentido del ritmo, como lo demuestra su poesía. Quizá podría vivir sin escuchar música, es una impresión mía. No hablo, claro está, de la música popular o del folklore, porque ésa sí le gusta y la escucha con entusiasmo.

Y también le gustan todos los poetas, buenos o malos. Alguna vez lo oí decir: "Me gusta hasta X.X.", poeta cursi, de tono muy menor. Adora las plantas y los pájaros. Es lector incansable de libros de ornitología y de botánica. Puede estar durante horas mirando con un catalejo la migración de unas gaviotas en el mar.

Olvida fácilmente los agravios, pero no perdona la traición. Entonces, es implacable.

Lo impacientan los elogios, que escucha con cierta rigidez y como apurándolos para que terminen pronto. Tiene, claro está, un sentido muy exacto de su valor, que atribuye a su pueblo. "No me estáis celebrando a mí —exclama ante los honores que le rinden con motivo de haber cumplido cincuenta años, hace exactamente diez atrás— sino a una victoria del hombre... en esta patria aislada por el inmenso mar y las nieves inmensas."

* Del libro *Pablo Neruda*, Ed. Eudeba, de próxima aparición.

ARTES PLÁSTICAS

José Luis Cuevas

Por Juan GARCÍA PONCE

El título mismo de esta exposición de José Luis Cuevas, en la Casa del Lago, nos advierte que contiene una serie de obras a las que en cierta forma podemos considerar "privadas". Cuevas ha compuesto algunas de ellas mientras jugaba con

sus hijas o como él mismo nos advierte "ilustrando relatos que yo les hago". Se trata, pues, de una exposición que nos remite al mundo particular de José Luis Cuevas; pero, por esto mismo, podemos afirmar con absoluta certeza que es una



José Luis Cuevas — "una visión personal desgarrada y cruel"



José Luis Cuevas — "carácter monstruoso y persecutorio"

exposición que nos lleva con mayor claridad que cualquiera de las que ha realizado en México en los últimos años al mundo artístico de José Luis Cuevas, tanto por el número de las obras expuestas como por su misma *particularidad*. Como muy pocos artistas contemporáneos —quizás habría que decir como todos los verdaderamente grandes—, Cuevas parece estar hablando siempre en sus óleos y dibujos el difícil lenguaje de la confesión. Sus obras son esencialmente autobiográficas, pero no en el sentido chato de la psicología y la confesión directa, con carácter puramente personal, sino en el mucho más amplio que establece la relación del artista con el mundo, con la realidad, y a través de él nos entrega una imagen de ella, sólo que la verdad de esa imagen nos regresa de una manera inevitable al artista. Por esto, paradójicamente, podemos decir que las obras de Cuevas son Cuevas mismo, pero también que, sobre todo, Cuevas es sus obras. El artista se pierde en su mundo y finalmente de esta intensa visión personal, desgarrada y cruel, irónica y humorística, dolorosa y tierna, lo único que queda es eso, la visión: la pureza objetiva y absoluta de la forma: la verdad del arte, que es más real que la realidad y es el único lugar donde ésta alcanza verdadero sentido para los artistas como José Luis Cuevas.

En este sentido, no resulta sorprendente que a pesar de la multiplicidad de técnicas, de motivos, de temas y de soluciones que encontramos en las obras, la primera impresión que éstas nos producen es la de una admirable unidad. Lo que esta multiplicidad nos revela es la riqueza de un espíritu que se mantiene abierto y vigilante continuamente, al que todo lo hierde y estimula, al que todo lo lleva hacia la obra, donde encuentra acomodo con una admirable naturalidad. Así, la obra está en continuo crecimiento en un sentido lineal, cualquier tema puede incorporarse a ella, porque el artista está siempre en el centro, transformándolo, haciéndolo suyo, casi me atrevería a decir que aun contra su voluntad, de una manera inevitable, como sucede en esa especie de zoología fantástica que Cuevas ha creado para Mariana y Ximena o en las mismas ilustraciones de los cuentos que ha inventado para ellas. Pero quizás ningún cuadro nos habla tan claramente de esta actitud como ese en el que Cuevas se ha retratado a sí mismo mirando de soslayo la figura de un torturado. En él me gusta ver una especie de símbolo de toda su obra, cuyo sentido más profundo se encuentra en dos versos memorables de Carlos Pellicer:

... mudo espío,
mientras alguien voraz a mí me observa.

Mudo espía de la realidad de nuestro mundo, cuyo horror, cuyo carácter monstruoso y persecutorio sabe convertir en belleza dotándolo del espíritu que parece haberse ausentado de ella mediante el imperio de la forma, José Luis Cuevas se observa al mismo tiempo vorazmente a sí mismo, obliga al artista a convertirse en el único juez con derecho, en el verdadero descubridor y testigo y a través de este doble juego crea una obra extraordinaria que los espectadores de la Casa del Lago y el público de México tienen ahora la oportunidad de admirar.

A LARGO PLAZO

Cuando algunos países de América Latina han logrado cambiar algo de su inestabilidad económica, ya sea aplicando medidas políticas, sociales, financieras o comerciales internas, o bien reduciendo la intervención de las organizaciones extranjeras que interferían directamente en el funcionamiento de sus sistemas económicos, la mayoría de los países desarrollados no sólo han protestado oficialmente por dichos cambios, sino que a su vez han tomado medidas, en ocasiones drásticas, para evitarlos o anular sus consecuencias. Sin embargo, durante las reuniones internacionales, y precisamente por los fines que se persiguen al convocarlas, renace cierto espíritu de comprensión. Por varios días impera una actitud prudente, expectante a veces, analítica otras, gracias a la cual es posible exponer determinadas situaciones de peligro. Si bien no todos los gobiernos han aceptado las pláticas oficiales para resolver sus diferencias pacíficamente, cada día se convence mayor número de personas de que ésta es la única vía prudente para hallar las soluciones de los problemas internacionales.

A pesar del tiempo prolongado que se llevó su preparación, la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, celebrada en Ginebra del 23 de marzo al 15 de junio de 1964, corroboró el aspecto positivo del intercambio ordenado de criterios y la necesidad de aplicar el método en otros planos de la vida internacional. Durante la Conferencia se discutieron puntos importantes acerca del desajuste que existe en el sistema económico mundial. Por primera vez en la historia, las naciones subdesarrolladas se presentaron formando un frente común y dispuestas a exponer las serias y apremiantes dificultades que padecen sus economías. Diecinueve países latinoamericanos insistieron en que se resolvieran a fondo las causas del desequilibrio constante en el comercio y en la producción mundiales, así como en las relaciones de tipo económico que sostienen los países productores de materias primas con los países de industria avanzada. Se expresaron las mínimas posibilidades que hay para la expansión y el desarrollo pleno de los países latinoamericanos, si las economías subdesarrolladas continúan apoyándose exclusivamente en la exportación de materias primas y productos básicos y en la ayuda (préstamos, créditos) que les conceden los países desarrollados. Los temas más importantes que surgieron durante la Conferencia (la injusticia que impera en las relaciones económicas, el círculo reducido de las economías subdesarrolladas, la restricción obligada de las exportaciones sólo a contados productos básicos —petróleo, café, azúcar, cobre y algodón para América Latina—, el aumento de los gastos militares y de las dificultades para el pago de los préstamos, etcétera), después de ser discutidos, condujeron a una serie de disposiciones y recomendaciones que, a largo plazo y siempre que se garantice su aplicación, podrán hacer más estables y justos los vínculos comerciales de las naciones del mundo. Es de esperarse que las contingencias que sobrevengan en el futuro no impidan la aplicación de estas medidas y que, a pesar de

los intereses que ya existen, se pueda confiar en la buena fe de los países desarrollados con respecto a la industrialización y el crecimiento de los países subdesarrollados, especialmente de las naciones latinoamericanas.

—A. D.

COEXISTENCIA PACÍFICA

Acaba de aparecer el libro *Justice in Moscow* que ilustra y examina cómo trabaja la maquinaria de la justicia soviética. Su autor, George Feifer, es un joven norteamericano que tuvo oportunidad de asistir al desarrollo de cientos de juicios en las cortes penales de Moscú. Aparte del interés que ofrece este libro en sí, la experiencia personal del autor es muy valiosa (*Saturday Review*, 27 de junio de 1964) como lo demuestra la nota de Mary Kersey Harvey:

En 1962 George Feifer se graduó en Harvard, y luego se inscribió en la Universidad de Moscú. Formó parte de un grupo de 120 estudiantes norteamericanos que acudieron a tomar cursos a la Unión Soviética. La vida de Feifer se desarrolló normalmente: bailó, bebió, cantó y comió en compañía de estudiantes soviéticos, y hasta se enamoró de una muchacha rusa. En esta época aprendió más sobre sí mismo y los Estados Unidos que en ninguna otra época de su vida.

Feifer es quizá el único norteamericano que ha asistido a cientos de juicios soviéticos y otros procesos legales. Esto formó parte de sus estudios de leyes. No necesitó ningún permiso especial para entrar en las cortes. Todo lo que hizo fue vestirse como un moscovita, y mezclarse entre la multitud de espectadores que asisten a los juicios.

De regreso a los Estados Unidos, Feifer escribió artículos para las principales revistas norteamericanas. "Me horroriza oír —dice— a personas supuestamente enteradas formular juicios ridículos acerca de Rusia. Me encuentro muy desilusionado después de mi regreso de Rusia, por la imagen que se han creado los norteamericanos en torno de la Unión Soviética; es tan deformada como la que ellos tienen de nosotros. Lo que hace falta es crear una verdadera imagen de Rusia, como un país razonablemente normal, progresista, contento y feliz de la vida."

"Lo que los norteamericanos no sabemos de Rusia (se lamenta Feifer) es precisamente lo que más nos urge saber. Desconocemos su idealismo. Me sentía asombrado y conmovido por el profundo y fuerte idealismo de los estudiantes universitarios. ¡Qué alentador es descubrirlo aún latente después de 45 años de frustraciones!"

"Creo que los norteamericanos necesitan una buena dosis de lo que los soviéticos denominan socialismo, y que los rusos, una buena dosis de lo que nosotros llamamos constitucionalismo".

A Feifer le gustaría publicar un artículo titulado "Por qué Estados Unidos debería ayudar a los rusos a construir el comunismo". Cuando le sugerimos que sería algo difícil de colocar en el mercado, él nos recuerda que en un tiempo los católicos y los protestantes estaban re-

ñidos a muerte; en cambio, ahora practican la coexistencia y cooperan pacíficamente. Faifer piensa que algo análogo debería suceder en las relaciones entre Estados Unidos y Rusia.

El autor espera escribir un informe sobre Rusia para "ayudar a los norteamericanos a comprender la normalidad de la vida rusa. Lo que deben saber es que los rusos ahora se entregan de todo corazón en cualquier campaña que trate de mejorar a los hombres y a la sociedad. La mayoría de los norteamericanos se asombraría —finaliza Feifer—, si conocieran el profundo deseo soviético de evitar una guerra nuclear".

—C. V.

LA GRAVEDAD Y EL PELIGRO

En la sección que la revista *Time* (junio 26, '64) dedica a los asuntos de la ciencia, se nos informa de la nueva teoría preparada por el cosmólogo británico Fred Hoyle, quien también es autor de varias novelas de ciencia ficción (v. gr. *La nube negra*). Dicha teoría, que Hoyle ha elaborado junto con el matemático hindú Jayat V. Narlikar, se refiere principalmente a las consecuencias de la súbita desaparición de la mitad del universo y se relaciona con la existencia del fenómeno "masa" y con la forma en que éste actúa dentro del espacio cósmico, problemas anteriormente estudiados por Ernst Mach y Albert Einstein.

Hoyle afirma que ha logrado incorporar los principios de Mach ("la masa de cada cuerpo en el universo recibe el efecto interaccional de todos los demás cuerpos") a su propia noción del equilibrio universal. Enumera las causas por las que la gravedad constituye siempre una fuerza de atracción, nunca de repulsión, y trata el problema del movimiento de las galaxias con respecto al de la tierra, llegando a la conclusión de que se ha seguido un camino equivocado al identificar la velocidad de la luz en determinados lugares del espacio con la velocidad de un cuerpo que se halla lejos de estos puntos. Este último razonamiento explica por qué las galaxias, en lugares distantes del universo, pueden, teóricamente, alejarse de la tierra a una velocidad mayor que la de la luz, límite que, según Einstein, no podía ser excedido.

Sin embargo, la parte más impresionante de la teoría Hoyle-Narlikar es la que analiza el hecho de que la masa de cada partícula del universo sea factor auxiliar en la creación de las masas de todas las demás partículas. Según el criterio de Hoyle-Narlikar, es imposible un universo de la nada: deben existir por lo menos dos partículas con intercambio de sus respectivas masas. "Las masas del sol y de la tierra y en consecuencia su mutua atracción de gravedad, se deben, parcialmente, una a la otra y a la de cuerpos distantes" (estrellas, galaxias). Si desapareciera la mitad del universo, la intensidad de la gravitación en el sistema solar aumentaría al doble, haciendo que la tierra se acercara al sol y que la presión y la temperatura de este último creciera en la misma escala. Antes de carbonizarse, los seres vivientes de la tierra descubrirían que pesaban el doble de su peso original. Por fortuna, la teoría de Hoyle-Narlikar no puede ser probada plenamente por vías experimentales.

—A. D.